¿QUÉ PASA?

SEMANARIO INDEPENDIENTE - DIRECTOR, JOAQUIN PEREZ MADRIGAL - AÑO X - N.º 484 - 7-IV-973

LA DENUNCIA "PROFETICA"

A LA CONFERENCIA EPISCOPAL ESPANOLA, CON TODO RESPETO

Por Juan-Angel Oñate, Lectoral de Valencia

4) LA AYUDA ECONOMICA A LA IGLESIA

«Este es un tema **singularmente propicio para engendrar equívocos, sobre todo porque de ordinario falta en muchos suficiente conocimiento de causa»**, dicen nuestros obispos.

● Desde luego —respondo con todo respeto—. Y el **primer equívoco** es el llamar «**ayuda económica**» a lo que se debe de llamar lisa y llanamente «**INDEMNIZACION a la Iglesia**», como se llamó **siempre**.

—Y no parece que esté demás eso de «la **falta de suficiente conocimiento de causa**», porque la causa de la **paga al Clero y Monasterios**, etc., es el hecho de que el Estado les arrebató las posesiones e inmensos tesoros de Arte, que aún se ven, en buena parte, en los Museos y que **bien merecen esa compensación** —**exigua en la mayoría de los casos.**

—NO es, señores obispos, la misión de la Iglesia con relación al Estado la que exige **ayuda económica alguna a la Iglesia**. Nadie, que sepamos, ha dado esa misión a la Iglesia con respeto al Estado, que ustedes desean del todo independiente. En un Estado así, todo eso que llaman «**misión de la Iglesia respecto al Estado**, muchísimos lo llamarían **injerencia indebida en la misión** —«legítima y sanamente laica», según ustedes— **del Estado.**

—O—

—No es exclusiva la asignación a la Iglesia Católica —continúan los obispos— **o a otras Confesiones de una determinada partida del presupuesto estatal, destinada a facilitar su labor. Ni siquiera se reduce a Estados que, como el nuestro, son confesionales.**

● No se discuten aquí los **hechos**, sino los **derechos.**

De que en otras naciones —sean las que sean— se dé una asignación **a título gratuito** a la Iglesia u otras Confesiones, no se deduce de que tal asignación no sea **un privilegio**, que se pueda quitar cuando se quiera. Ni mucho menos que —de ser éste el fundamento— en España no se debiera quitar, porque —«según los obispos»— **debemos renunciar a los privilegios.**

Ni debiera, en nación alguna, un Estado, que no es confesional siquiera, dar absolutamente **nada** para facilitar una labor que, como a tal Estado laico o separado, **no le interesa.** Ni tendría por qué dar del dinero de los ateos o de ninguna confesión particular, o de la predominante, a **otras confesiones, contra su voluntad.**

¿Para qué discutir cosas que, en Estados bien conocidos, son **anticonstitucionales?**

Y en el hecho, que se cita, habría que discutir: Lo que suele hacerse es recaudar un tanto por ciento para la Confesión a que pertenece el súbdito contribuyente; pero esto **basta que alguien reclamase para que NO** se le pudiese imponer legítimamente. ¿Dónde estaría esa **libertad de conciencia** tan cacareada? Y no le demos vueltas: **siempre es así UN PRIVILEGIO.**

—O—

Pero la «Declaración episcopal» continúa **con aire triunfal: «En una concepción, hoy superada, de dicha ayuda, se entendía que la institución eclesiástica, o más exactamente los ministros del culto, eran los destinatarios exclusivos de estas subvenciones.**

● Con todo respeto digo que **ni es una concepción hoy superada** ni fue **nunca cierto** que los ministros del culto **(los sacerdotes)** fuesen los destinatarios **exclusivos** de la dotación (indemnización) para **Culto y Clero**. Hay **indemnizaciones** a seminarios, instituciones religiosas, etc.

Gran parte, sin duda, es **personal: subsidio de indemnización al sacerdote (y a los obispos, etc.).** El tanto por ciento, mejor lo pueden saber en los Ministerios de Justicia y Hacienda que yo; pero lo que sí es también cierto es que **gran parte de lo destinado al Clero** (a los sacerdotes) no llega a ellos. La razón es que nuestras subvenciones no son **personales** (o no se cobran **personalmente**); sino por medio de la Habilitación Diocesana, dependiente de los Obispados, y éstos se quedan con mucho de **todas las vacantes**, que no son pocas, **para otras atenciones.**

El Clero presbiteral, en general, **siempre ha suspirado por la paga personal**, sin Habilitación Diocesana, que comporta además **pérdidas**, por aquello de que **administrador que administra y enfermo que enjuaga algo traga** (los tantos por ciento de administración), pero... no lo ha conseguido hasta el presente.

Debemos ser **todos** sinceros, no para con Dios, que no hace falta (ya que nos conoce de sobra), sino para **con los demás**, que si pueden estar **equivocados.**

Mas la **Declaración episcopal** termina este parrafito con aire aún más triunfal: «**HOY, con mayor PROFUNDIDAD y PRECISION, se tiende a considerar** (a) **dichas prestaciones como un servicio a los ciudadanos, destinado a desarrollar su dimensión religiosa».**

● Permítanme que —con todo respeto— disienta: **Ni HOY, ni con MAYOR PROFUNDIDAD ni con MAYOR PRECISION.**

HOY a muchísimos ciudadanos no les interesa, ni poco, ni mucho, eso del **desarrollar su DIMENSION religiosa**, que ni lo entienden siquiera, si es que no se lo explican los obispos (1).

Y **negamos rotundamente** que ESO sea MAS PROFUNDO y MAS PRECISO que el **dar a cada cual lo suyo**, según requiere la justicia.

Nosotros (el Clero bajo al menos) no queremos «**prestaciones gratuitas»**: lo que queremos es **un poco de justicia.**

Personalmente me duele que se quiera escamotear eso de **la justicia (la indemnización)** por algo que —aparte de tener un tufillo de imitación— no sabemos realmente en qué **sólido** fundamento pueda descansar (2).

Finalizaremos, Dios mediante, este asunto, que es de mucha importancia, como se verá.

(1) Como creo que ya conté otra vez, un señor bastante engolado llamó a un albañil y le dijo: «Le hago personar para que practique un vano para el tránsito del felino». Y el albañil repuso: «Pues... como no se explique usted de otro modo... no entiendo nada». «Le llamo —dijo el señor aquel— para que haga un agujero para que pueda pasar el gato.» «¡Ah!, repuso el albañil. Pues con decirme que le haga una gatera, basta.

● No entiendo cómo los obispos dicen tales cosas en su Declaración, cuando hoy —según ellos mismos repiten a menudo— se tiende a LA SECULARIZACION y no a que los Estados desarrollen la dimensión religiosa de sus ciudadanos. ¡Esas ganas tienen los Estados secularizados!

(2) ¡Y pensar que se quería hacer eso en el fracasado Concordato! Ruego por su bien al Clero y aun a las autoridades que no consientan tal cosa. Nunca ha traído buenas consecuencias el prescindir de la justicia. Y ¿para qué se nombrará tanto cuando los obispos tratan de los laicos y no se la nombra siquiera cuando se trata de su Clero?

15 PTAS.

"UN TRIUNFO DE LA SUBVERSION"

CAPITULACION EN EL VIETNAM

Por José Maluquer Cueto

En 1968, en el número 232 de ¿QUE PASA? y en los 89 y 95 de «Fuerza Nueva», traté extensamente y con amplia documentación del caso del Vietnam, de los errores de la política norteamericana, bien intencionada, pero con prejuicios «jefersonianos» que tenían que llevarla al fracaso por la vasta conspiración de la izquierda mundial en apoyo de la agresión comunista y de la consiguiente desviación de la opinión, que han desembocado en la rendición al comunismo.

Mis trabajos han sido confirmados por los acontecimientos y, tres años después, por la indiscreta publicación de los «Documentos del Pentágono» (1), el informe Mc Namara. La autoridad que me confiere esta ratificación y la angustia que despierta la tragedia me obligan a volver a tratar del tema, cuyos verdaderos términos han sido tergiversados descaradamente por la subversión.

Repasemos los datos del problema. Francia y Hanoi, prescindiendo de Vietnam del Sur, que no ha sido consultado, y bajo los auspicios de Inglaterra y la URSS, deciden en la Conferencia de Ginebra, en 1954, la distribución del Sureste asiático y prevén la «unificación», en 1956, del Vietnam, con elecciones, bajo el terror Vietcong, es decir, la entrega del Sur al comunismo.

Pero da la casualidad que «Vietnam del Norte» es en realidad el Tonkín y «Vietnam del Sur» se llama Annam y Cochinchina y que son países diferentes. Vietnam como nación es una invención moderna, no la encontramos en la Historia hasta que en 1803 un emperador chino, Kia King, llama así al Tonkín cuando confiere la investidura a su vasallo tonkinés, y éste nombre dura sólo veinte años. Tonkín fue siempre satélite de China. No así Saigón, que sigue un rumbo diferente en la Historia.

Tonkín y Annam no eran, pues, una nación; son radicalmente diferentes históricamente, geográficamente, étnicamente, económicamente. Francia conquistó la Cochinchina en 1862 y dio a sus habitantes la nacionalidad francesa; a Camboya, mucho más próxima a Cochinchina en la raza y en la historia que el Tonkín, también en el mismo año. El Tonkín, que es un caso diferente, fue ocupado mucho después, en 1884, por temor a la reacción china de la que era vasallo, y fue un protectorado; entonces vino Laos, que sí es parecido al Tonkín.

Después de la segunda guerra mundial, cuando en 1946 reconocía Francia la «República Democrática del Vietnam», léase Tonkín o Hanoi, el comisario de Francia en Indochina, Thierry d'Argenlieu, crea en Saigón una República de Cochinchina, aparte del Tonkín, aunque luego, trágico disparate, en 1949, la Asamblea Nacional Francesa, que desconoce el problema, y al final de una sesión nocturna, precipitadamente, para intentar salvar Indochina, unifica bajo el emperador títere Bao Dai, que reside en la Riviera, a Cochinchina con el Tonkín.

¿Por qué, pues, empeñarse en unir Saigón con Hanoi, cuando se admiten las dos Coreas, las dos Alemanias y ahora los dos Pakistanes, sin embargo, con mucha menos razón?

En 1950, Corea del Norte, comunista satélite de China, invade Corea del Sur, como Hanoi invade Annam y Cochinchina y los norteamericanos, casi solos, los detuvieron, y Corea del Sur, como Formosa, es ahora una de los países más prósperos de Asia, lejos de la dura tiranía y de la tristeza que reinan en Hanoi, que tan bién ha pintado Oriana Fallaci, pero que no preocupa a la «intelligentsia» ni a Roma (2).

Pero además brotó la subversión comunista en Filipinas y en Malasia y las guerrillas comunistas, venidas de la «República Democrática del Vietnam», luchan también en Laos, Birmania, Camboya, Tailandia, que por lo visto también son Vietnams irredentos. Indonesia con Sukarno está al borde del comunismo, que ha triunfado ya en China con Mao. China ocupa el Tibet y se infiltra en Africa Oriental.

En Asia, como en Europa, los norteamericanos intentaron detener la expansión imperialista del comunismo. Es la «doctrina Truman», fijar la frontera entre el comunismo y el mundo libre, apoyo a todos los países víctimas de la agresión roja o de subversión roja interior. Norteamérica releva a Francia, que se ha declarado impotente en el Vietnam, y apoya a Diem, nacionalista, católico, antifrancés y anticomunista, que ha sido elegido jefe de Estado en la República del Sur, por aplastante mayoría, en un referéndum.

Hanoi, que ya antes, en 1954, había creado y armado un Vietcong terrorista, invade con su ejército regular el Vietnam del Sur, atravesando el paralelo 17 y las dilatadas fronteras de Laos y Camboya, que ha invadido también, y donde se apoya en los comunismos títeres, como el Patet Laos, que ahora en 1973 triunfa. Es la ruta de Ho. Van armados por los checos, rusos y chinos. Nunca se ha negado esta agresión, que fue oficialmente acordada en la 15 Asamblea del Comité Central del P. C. Lao Dong en Hanoi, pero parece olvidada y no indigna a la «opinión mundial». Sin embargo, el objetivo es claro: la anexión pura y simple del Sur, con sus arrozales y caucho; es la unificación forzada. Verdad es que los comunistas sostienen, con la aprobación bobalicona de los «compañeros de viaje» a lo Bertrand Russell, que «el pueblo de la Zona Norte no sólo tiene el derecho, sino el deber de ayudar a sus hermanos cuando éstos sufren el ataque de los invasores extranjeros». Pero estos «hermanos» se baten contra el comunismo y se mantienen leales cuando la ofensiva del Tet llega hasta Saigón.

Los norteamericanos, en cambio, nunca han pedido compensación por su intervención. Ya antes se fueron de Corea, cuando terminó su cometido de salvarla del comunismo, sin pedir nada. En los papeles reservados del Pentágono encontramos repetidamente señalados los objetivos y justificada la intervención. Así el Consejo de Seguridad Nacional en 1952 declara que el objetivo es «impedir que los países del Sureste asiático pasen a la órbita comunista y contribuir a reforzar el mundo libre» y «ayudar al Vietnam libre a crear un Gobierno que le permita establecer un contraste cada vez más atrayente con las condiciones que reinan en la actual zona comunista».

Pero hacia 1960 Diem está a punto de triunfar. Ha desarmado los ejércitos particulares de las sectas: Cao Dai, Hoa Hao, Bin Xuyen, y queda sólo el ejército nacional. Ha creado 3.000 aldeas fortificadas y reducido considerablemente el terrorismo rural Vietcong. Persigue la corrupción; inicia la reforma agraria; ha colocado los 900.000 fugitivos del Norte, casi todos católicos; se hacen obras públicas, escuelas.

Diem es un peligro. Ha de ser eliminado.

(*Continuará.*)

---

(1) Plaza & Janés, ed. 1971.

(2 Copio aquí algunos artículos de la Constitución de la «República Democrática del Vietnam del Norte», que bastan para adivinar el duro y triste semblante del país:

Art. 3. «La R. D. V. es un Estado multinacional unitario... con capital en Hanoi (art. 111). Todos los organismos del Estado practicarán el centralismo democrático (art. 4). El Estado prohíbe estrictamente y castigará todos los actos de oposición a la reunificación del país» (art. 7).

¿QUE PASA?

SEMANARIO INDEPENDIENTE

(Depósito legal: M. 7-1964)

DIRECCION Y REDACCION:

Lagasca, 121. — MADRID-6. — Teléfono 261 37 97.

ADMINISTRACION: Dr. Cortezo, 1. MADRID-12. — Teléfono 230 39 00.

Empresa editora («Revista ¿QUE PASA?»), REQUEPA. Lagasca, 121. MADRID-6. Teléfono 261 37 97.

Imprime: Sáez. — Hierbabuena, 1. — MADRID-20.

PRECIOS DE VENTA Y SUSCRIPCIONES PARA ESPAÑA

Número suelto ... ... 15 ptas.

Suscripciones:

Semestre ... ... 350 ptas.

Anual ... ... 650 »

PARA EL EXTRANJERO

Hispanoamérica, Portugal y Marruecos, suscripción anual ... ... 700 »

Países de Europa, suscripción anual ... ... 900 »

Resto del mundo, suscripción anual ... ... 1.000 »

¿QUE PASTORAL SERA LA BUENA?

AUSENCIA DE DIOS

Roma. (CIO.)—He ahí, según el Papa, un trazo —acaso el más característico— de una gran parte del mundo moderno: la actitud negativa hacia todo lo que se refiere a Dios, la religión, la fe, la Iglesia, Cristo, Dios. Y nada nos preocupa y acongoja más —añadió— que «la observación de la ausencia de Dios en tanta parte de la mentalidad y de la vida del hombre de hoy». La ausencia de Dios «es el hecho que parece calificar la historia y la civilización de nuestro tiempo», urdida con tanto de ateísmo y secularismo. Incluso parece que prevalece una verdadera hostilidad hacia Dios y su nombre. En determinado país, de gran tradición religiosa, hasta se ha prohibido oficialmente escribir el nombre de Dios con mayúscula. Dice el Papa. «Esto no es más que un caso límite del ateísmo moderno.»

El hombre moderno, se dice, es alérgico a la religión. Se cree que no necesita de Dios, que la religión es inútil, nociva incluso. Adorador de su libertad, ha apagado la luz de la religión. ¿Cuánta gente no lo piensa así? ¿Y será verdad —no queremos pensarlo— que la juventud piensa de esa manera?

LA IGLESIA EN 1970

CIO.—Según el «Anuario estadístico de la Iglesia» (1972), que acaba de salir y recoge los datos relativos a 1970, la Iglesia católica suma 659 millones de católicos, de los 3.590 millones de hombres que hay sobre la Tierra. Un 18,4 por 100. 261 millones, Europa. 245, Iberoamérica. 55, Norteamérica. Asia, 53. Africa, 40. Hay 420.000 sacerdotes católicos, de ellos 150.000 religiosos. Las defecciones sacerdotes en 1970 fueron de 3.495.

Por si sirve de algo

"¡Yo no he sido...! ¡Yo no he sido!"

Por Joaquín PEREZ MADRIGAL

Sarcasmos aparte, el relato de la carta que he transcrito comprobé que era absolutamente veraz. Se demostraba, una vez más, que la permanencia de Azaña en la jefatura de aquel Gobierno era algo así como confiarle la guarda de España a la autoridad de un demente, rodeado y asistido por un escuderaje de malhechores y de irresponsables.

En efecto, la «represión» de Casas Viejas, reflexivamente ordenada y consumada por el Gobierno democrático de una República de «trabajadores de toda clase», era dato suficiente para deducir que aquel Gobierno, deliberadamente, se proponía acabar con la Nación, extinguir en ella, donde quiera que se manifestase, todo impulso vital, todo latido humano, todo propósito individual, o colectivo, de nacionalmente hacer las cosas con valentía, con decencia, con libertad y con responsabilidad.

Lo de incendiar la choza de «Seis dedos»; lo de permitir que dentro pereciesen y se carbonizasen los asesinos del sargento de la Guardia Civil, del guardia Salvo y de otro individuo de la fuerza pública, era explicable y necesario, estaba en el orden. ¿No se hicieron fuertes en su criminal rebeldía? ¿No resistían y hostilizaban a la Ley, a los agentes de la Autoridad al Poder constituido? Nadie más que los rebeldes tuvieron la culpa de su muerte en el brasero de su insensato, liviano reducto... Hasta aquí el Gobierno y sus fuerzas represoras no hicieron otra cosa que cumplir con su deber; deber que los propios amotinados les dictaban... Pero ¿y los doce campesinos, muertos a balazos cuando, con las manos atadas, habían sido conducidos a presencia del capitán? ¿Qué crímenes habían perpetrado que mereciesen la tremenda pena? ¿Ante qué autoridades policíacas y judiciales depusieron? ¿Qué causa sumarísima se les instruyó y qué sentencia y por qué jueces fue la dictada y ejecutada? Los doce campesinos, apilados al estilo «panchovillista», no habían hecho armas contra la República. Ni siquiera les fueron halladas, al ser apresados, en los camastros de sus casuchas, a los que estaban acogidos, tiempo ha, por sus achaques de viejos o de enfermos... Eran los únicos hombres, aquellos doce mártires, que se quedaron en el pueblo porque, lisiados e inocentes, no pudieron o no tuvieron por qué huir. Y en ellos, por trágico designio, se encarnizó la demencial justicia represora de Azaña, de los socialistas, de su Guardia de Asalto. Porque no fuera lo malo, a los fines de la Historia, que un capitán, que un subalterno enloquecido y su tropa frenética, asesinasen a doce prisioneros esposados, que eran, mientras no se demostrase lo contrario, inocentes. Lo inconcebible, lo abominable, lo definitivamente deshonroso para el Gobierno y para la República es que no fue el capitán enloquecido, ni su tropa frenética, quienes escribieron, para ludibrio de la Historia, aquella execrable página. Fue Azaña, fue el Gobierno, fue el director general de Seguridad, fue el Partido Socialista, quienes, a «Seis dedos» y su hueste de fanáticos, les echaron otra fanática hueste de lo mismo. Y para colmo de baja, de zafia perversión, de torpe y sucia criminalidad, los inductores de aquellos doce asesinatos —¡hombres de gobierno!—, eludieron, como vulgares justiciables, sus responsabilidades; negaron haberlas contraído. «¡*Yo no he sido*! ¡*Yo no he sido*!» —exclamaba cínico Azaña, exclamaban lívidos sus inspiradores y colaboradores—. ¡*Yo no sé nada*! ¡*Yo no sé nada*!»

Nadie, que yo recuerde, se levantó en las Cortes para exigir las responsabilidades del Gobierno Azaña por los asesinatos de los caídos en Madrid cuando los sucesos del 10 de agosto. La muerte de Justo San Miguel, y de sus nueve compañeros, no suscitaron en las oposiciones afanes esclarecedores.

Sin embargo, por las muertes de los desdichados insurrectos de Casas Viejas, acaecidas unos meses después, hubo innumerables debates en el Congreso, desplazándose a la aldea gaditana diferentes comisiones parlamentarias de investigación; y acabó la cosa medio licenciando a todo el Cuerpo de Oficiales de los Guardias de Asalto, destituyéndose también al director general de Seguridad, Arturo Menéndez.

El sistema defensivo de las instituciones públicas había funcionado ciñéndose los agentes de la autoridad al procedimiento establecido, exactamente el mismo que, *fructuosamente* puesto en práctica el 10 de agosto, promovió grandes aclamaciones parlamentarias al Gobierno salvador, dio pie para festejos populares y marciales desfiles, como los organizados en el Retiro a presencia del Presidente de la República y del Gobierno en pleno, para prender al pecho de los esbirros más calificados grandes cruces, pequeñas y medianas.

Sin embargo, lo que el 10 de agosto le pareció sublime a todo el mundo, el 12 de enero le resultaba protervo.

A los caballeros, sí, se les podía acribillar a balazos por la espalda y dejarlos panza arriba sobre el asfalto de la más hermosa avenida madrileña. Pero a los andrajosos difusores del odio, que apuñalan a un sargento de la Guardia Civil, que incendian los campos, que hacen prisionero y atormentan a un cabo de Asalto, que derriban la Cruz de la Iglesia y en su sitio clavan la negra bandera de la anarquía, que se hacen fuertes, con sus familias, dentro de las viviendas, y oponen resistencia de fuego a la fuerza armada, a esos, había que tratarles con severidad, claro está, pero no exenta de miramientos y consideraciones a la integridad de sus personas...

Si los sacrificados de Casas Viejas hubieran sido los duques de Medinaceli y de Fernán Núñez, unos cuantos obispos y seis o siete generales, el Gobierno Azaña hubiera relatado al Congreso, gallardamente, con morosa delecración, el desarrollo minucioso de la gloriosa jornada... Pero las víctimas eran el «Seis dedos», el «Atravesao», el «Cucanda», «el «Cheposo» y otros ciudadanos por el estilo. Y Azaña tuvo miedo de asumir en las Cortes la responsabilidad de haber ordenado que se pusiera un violento remate a las vidas de varones de aquella estirpe...

La minoría radical-socialista se reunió muchas veces para abordar el problema político derivado de la represión de Casas Viejas. Los radicales de Lerroux habían tomado muy a pecho que Azaña llevase más de un mes sin enterarse de lo sucedido en el lugarejo gaditano. A los «lerrouxistas» les importaba una higa lo que aconteciera con motivo de aquella rebelión. Lo que les seducía era el espectáculo de un Gobierno vacilante, temeroso de las acometidas de un proletariado harto de socialismo carneril, y se aprovechaban en aquel caso concreto, de la falsa posición de Azaña para ver de derribarle y sustituirle... Las derechas, lógicamente, se sumaban a la tenaz e implacable oposición de los radicales de Lerroux. Fue entonces cuando a Martínez Barrio —soberano gran inspector general de la Masonería— se le ocurrió aquella frase que encocoró a la mayoría: *Cimentáis vuestra existencia en fango, sangre y lágrimas*. (La secta, por lo visto, le volvía la espalda a Marx y le «guiñaba» a Bakunin.) No crean ustedes, por lo que dijera Martínez Barrio, que éste se propusiera dar a entender a la opinión nacional que, cuando gobernara Lerroux con los suyos, iba a cimentar su Poder en *pastelillos de hojaldre, bálsamos y camelias*. ¡Nada de eso! Martínez Barrio, grado 33 de la Masonería, previendo la fatal caída de Azaña, Caballero Rosa Cruz de la Orden, se proponía relevarle. Se alzaba acusador el señor Martínez Barrio para sobrepujar a su jefe, don Alejandro, en autoridad y aliento... Don Ale, enemistado con la secta, no podía ser el sucesor de Azaña. A éste, Caballero Rosa Cruz, al frente de una coalición marxista, debería sucederle Martínez Barrio, soberano gran inspector general, al frente de una coalición antimarxista. De este modo la Masonería jugaba a los dos paños.

Yo fui de los más díscolos en las discusiones de la minoría. A mí no me cabía en la cabeza que un Gobierno se avergonzase de haber dado órdenes draconianas para acabar con los perturbadores del orden público. No me parecía execrable el presidente del Consejo de Ministros porque hubiese transmitido consignas brutales a los represores; me indignaba que a la hora de afrontar el examen de lo ocurrido, el jefe del Gobierno, olvidándose de lo que había mandado, desamparase a los subalternos, quienes no hicieron otra cosa que obedecerle.

—El señor Azaña —vine a decir en una de las reuniones de la minoría— es indigno de nuestra confianza. Yo no se la otorgo. Y procedo así por la cobardía que revela el gobernante al escabullirse de sus responsabilidades. Si él mandó, como mandó, que matasen a los sediciosos, que lo diga. Yo, en su puesto, quizá hubiese mandado lo mismo. Pero que transmitiese esas órdenes, que las cumpliesen los llamados a obedecerle, y que lleve dos meses en el «banco azul» escamoteándonos su directa participación en los sucesos, me parece impropio de un gobernante. Yo le recuso, más que por los veinte muertos de Casas Viejas, por echarle la culpa del crimen al capitán R.

Hablé así. Albornoz me miró enfurecido. Aclaró a los demás diputados:

—Ya saben ustedes que el amigo Madrigal, aunque trabaje cerca de mí, se produce siempre como le da la gana. Hoy ha querido regalarnos con unas cuantas insensateces, que creo de mi deber rechazar profundamente indignado.

Me fui de la reunión. En el pasillo me abordaron algunos periodistas. Y sustenté ante ellos mis teorías. Yo soy de los que creen que todo el mundo, si quiere, puede sublevarse. Ahora bien, el que se subleva no debe ignorar que, al colocarse fuera de la Ley, se despoja del derecho a exigir que el Poder, agredido, le respete. Como gobernante, reputo discutibles, pero explicables, todos los medios conducentes a aplastar cualquier rebelión. Lo que no tiene explicación posible es que un gobernante, frente a la rebelión, ordene su aplastamiento y, una vez conseguido, se estremezca ante el espectáculo que ofrecen los cadáveres de los vencidos y exclame temeroso: ¡*Yo no he sido*! ¡*Yo no he sido*! ¡*Ha sido el capitán R.*!

Aquello era trágico y grotesco.

Notas de Cataluña

Por Ramón Gillém i Coma

VIA CRUCIS Y LOS MARTIRES DE LA TRADICION.—Desde que terminó nuestra Cruzada el Carlismo Catalán viene celebrando una misa por sus mártires y más concretamente por los asesinados en las tapias del cementerio de Montcada. Allá se reunieron un nutrido grupo de hombres, mujeres, niños y niñas. Es la continuidad histórica de la Tradición. Los pequeños abrían la marcha con su Cruz, pequeña como la que Dios Nuestro Señor ya manda a los que son menores, y luego, y cerrando el piadoso acto, la Cruz grande y majestuosa, que era portada por los recios hombres de la Tradición, curtidos en mil combates y probados en cien ocasiones. Hombres que no han claudicado y que, pese a esos aires *anticonciliares* que arrecian fuertemente en esa Diócesis cargada de obispos y que tiene ahora un cardenal, no parece se vislumbre una reacción que dé al traste con los demoledores de la Santa Iglesia que fundara Jesucristo. Testimonio vivo fue el que dieron su vida y aceptaron la muerte. Los que supieron dar ese tan traído «testimonio» hoy desvirtuado por equívocos caminos, y que pese a quien pese, y por quererlo así Dios Nuestro Señor, no es otro que aquel que nos dice: «*Quien me confesara delante de los hombres Yo le confesaré delante de mi Padre celestial*».

Y, que sepamos, no ha tenido lugar —hasta el presente— otro Via Crucis que sacando la imagen de Nuestro Divino Redentor, le *testimonie* culto y veneración pública.

Y en ese público confesar a Cristo vimos a hombres y mujeres que no dudarían en dar su vida como lo hicieron los que la dieron en 1936. Se muere como se vive y muy vivo era el sentir de los Caballeros de la Tradición, que en llegando al cementerio, y ante el mausoleo donde descansan sus Mártires, oyeron la voz serena y firme de don Juan Casañas Balsells. Allí estaba lo más representativo del auténtico Carlismo Catalán. Vimos a don Mauricio de Sivatte y de Bobadilla, don Luis Luna Gil, don Javier Echave Sustaeta, que tan dignamente dirigió el «Pensamento Navarro»; don Francisco Canals Vidal, don Ramón Pascual Ventosa don Miguel Batllori Sans, don José Cusell Mayol, don Alberto Batalle Juncosa, don Eugenio Canals de Febrer, don Carlos Ram de Viu, doña Basilisa Inchausti, viuda de Vidal; don Carlos Canela Vives, don Jaime Vives Suriá y muchos otros que harían interminable la relación. Como capellán, al que lo fue en la Cruzada: el reverendo Celestino Castany, que, a pesar de su avanzada edad, no falta a los actos que se disponen y organizan. Mientras haya quien recuerde a los que hicieron posible con su martirio la Victoria del 39, Dios dará las semillas necesarias para que nuestra Cataluña sea defendida de aquellos que la intenten descristianizar. Y eso... pese a quien pese...

BARRABAS.—Con este título tan poco adecuado hay un semanario dedicado al deporte. Podríamos decir que está en la línea de lo satírico y nada tenemos que objetar contra el deporte y nos parece bien que se trate satíricamente. Pero... si el «Barrabás histórico tenía muchos peros» el Barrabás satírico también los tiene. No entendemos cómo en una publicación «deportiva» (al menos que entendamos otras cosas) tiene que dedicar sus páginas centrales al desnudo femenino. Y no entendemos, amén de entender otras cosas, cómo los clubs de fútbol permiten que cada «poster» ostente su escudo.

CIEN TELEGRAMAS.—Según leemos en «La Vanguardia», y suponemos que cada uno firmado por un padre jesuita (o ex jesuita), han mandado nada más y nada menos que al mismísimo Papa pidiéndole que «*no autorice la suspensión del padre Diez Alegría*». Y como por aquí uno no es tonto, piensa que lo que están pidiendo esos cien hijos de San Ignacio es nada más y nada menos que la propia *exclaustración*. Y como no tienen obras teologales que mostrar, ni seso para escribirlas, sin duda han pensado que de ese modo y arrimando el hombro se les «librará» de la muy terrible pena de vivir en claustros comunales.

Pero la gente piensa, y como pensándolo bien uno ve que esos jesuita telegrameros ya hace la mar de tiempo que abandonaron su clausura por el pisito, piensa uno que lo que buscan éstos —¡menudo garrotazo les daría San Ignacio!— es el libre paso para andar sin más obediencias que las obispales y eso sí: en Diócesis donde haya obispos con vocación de Opas. ¿Qué pensará desde la gloria aquel severísimo padre Verges? Lo que piensan los jesuitas que ya peinan canas pero carecen de mando, genio e ingenio, sin duda que no alegrará a su dinámico e inclaudicable fundador. Cataluña entera iría detrás de un JESUITA que lo fuera de verdad. Cataluña tiene una tradición ignaciana extraordinaria. Quizá el de Loyola, el que escribió en Manresa un libro que transformó el mundo cristiano y se adelantó en siglos a la moderna psicología, se apiade y nos mande un HIJO suyo que sepa, como lo hizo Ignacio, plantarle CARA al mismo lucero del alba. Por estas latitudes se espera, y por algunos, que monseñor Benelli salga al paso de los «telegrameros», y no sólo por aquello que «es el brazo derecho del Papa», sino también como réplica que se impone de al superior de esos díscolos, al padre Arrupe. Pero... casi apostaríamos un real de vellón... que Benelli callará.

SEQUIA Y AGUA.—No llueve y, lo que es peor, los Pirineos están sin nieve. De no cambiar las cosas puede suceder algo grave, gravísimo. Los embalses están a un tercio de su capacidad. A nadie escapa que no habiendo agua que los llene con el natural deshielo (pues no la hay) se presenta un verano lleno de graves incógnitas. La sequía perdió gran parte de los cereales, parte que aunque ahora lloviera no habría nada que hacer. Y eso si llueve pausadamente y sin crear las clásicas torrenteras, que todo lo arrastran y son clásicas en nuestras costas mediterráneas. «Iglesia-Mundo» publicaba un escrito firmado por Pedro Rodrigo, en su número 44, que es interesantísimo. Nos dice que la sequía afectará en este 1973 a la India, China, Australia y la Unión Soviética. Nos dice que sin el trigo entregado por Estados Unidos perecerían gran parte de rusos y chinos. Recomendamos el artículo. Pero lo cierto es que la sequía ya la tenemos aquí y no estaría de más que nuestros prelados ordenaran la oración pidiendo lluvia. Sólo Dios Todopoderoso puede mandarnos lo que es base para nuestras cosechas e incluso para no perecer de sed.

LOS ENTIERROS Y... EL ENTIERRO DE LA FE.—No hace falta recordar que tenemos obligación de enterrar a nuestros deudos. De rogar a Dios por ellos. De que la Santa Iglesia de Dios —antes y después del Concilio— tiene la misa de difuntos, etc., etc. Pues bien: resulta que la furia anticonciliar llegó ahora a las parroquias de San Gervasio (no hace mucho se reunieron los herejes luteranos con los curas progresistas en la iglesia de Nuestra Señora de la Bonanova) y, según parece, pues otra cosa no la entendemos, se llegó a un «acuerdo». Acuerdo que por su sabor amargo nos parece vivir en un país protestante y NO en la católica Cataluña. El «acuerdo», según dice la nota, *ha sido tomado por sacerdotes y laicos del consejo pastoral*. Diremos que esto es un fenomenal camelo. Si los *laicos* tienen derecho a enterrar a sus paisanos, y ahora se nos dice que fueron esos *laicos* y esos *curas* los que pasando por encima de la voluntad del propio difunto, que tiene potestad plena de aceptar o rechazar los servicios de la Santa Madre Iglesia... ¿Qué camelo se traen los responsables de todo este tinglado que no tiene más fin que descristianizar el entierro de los que entran en la Faz del Señor? ¿Qué obispo —de los muchos que tenemos— dio el visto bueno a tanta sandez? Pues ahora resulta, y pásmense ustedes, que todo ello está motivado por: «*El respeto a la libertad religiosa y la atención al pluralismo hoy existente entre los asistentes a los entierros*»; éste es el apartado a). Y en el apartado b) nos dicen esos *laicales-presbiterianos*, mezclando verdades con mentiras, que el entierro no se reduzca a una ocasión para expresar sentimientos de *condolencia. De ahí que esas celebraciones y especialmente la misa* (agárrense para lo que sigue) *deban ser propias de la comunidad cristiana*. Pues... ¿de qué comunidad tiene que ser propia la santa misa sino de la que los deudos que profesan la FE del difunto y que así quiso se rogara por su alma? ¡Pero no! Hay que hacer las cosas de «tapadillo», sin ofender ni a moros ni luteranos ni a judíos. Sobre todo y para esos innovadores *laico-eclesiales* —sin más autoridad que la que se confieren a sí mismos— y sin poder en modo alguno VIOLENTAR la soberana libertad del cristiano que muere —que por lo visto les importa un comino— mandan y disponen una serie de sandeces que son contradictorias entre sí. Dicen que si los familiares lo desean se celebrará una oración exequial en la casa del difunto... ¿Es que esos capellanes son tan novatos que no lo vienen haciendo, siempre que una familia cristiana les avisa que un ser querido y amante de la Iglesia ha dejado este valle de lágrimas? Y si no lo hacen —por descubrirlo ahora—: ¿no podrán molestarse los amigos NO creyentes, pero amigos, en fin, que estén dando el pésame en la casa del difunto? Y si hay moros en la costa o anglicanos..., ¿cómo comportarse para no ofenderles en sus sentimientos de odio y desprecio hacia nuestra Santa y Unica y Verdadera Religión?

Y como misa exequial, eso sí, una en cada parroquia y para todos los que hayan fallecido durante el mes. ¡A voleo! Nada de intimidades, y es que la furia socialista invade los medios —menos mal— *laico-eclesiales*. Pues los medios católicos «normales», los que son cristianos y sin más título están muy lejos de sentirse inmersos en tantos desatinos y son el eslabón primero para que los entierros sean laicos —como cuando la República—. Estamos ante la muerte de los entierros con FE CRISTIANA. Y vean que todo, por eso «*del respeto a la libertad religiosa y la atención al pluralismo*».

Me decía un parroquiano de Santa Inés: «Son dictadores, imponen su criterio y desgraciado el que no piensa como ellos. Aceptan TODO lo que sea por parte de los protestantes y demás sectas, pero de nosotros..., ¡nada! La caridad la entienden a su modo y manera. ¿Cómo quieres que atraigan almas? Al contrario: las repelen y así vemos cómo cada vez son menos los que cumplen con los preceptos de la Iglesia». Y preguntamos: ¿Qué «base» formal y no fingida tiene el señor obispo de turno para aceptar tanta innovación? ¿Qué fuerza y de dónde les dimana a esos *eclesiales* PARA FORZAR LAS CONCIENCIAS de las CUALES SE DECLARAN TAN DECIDIDOS DEFENSORES DE SU LIBERTAD RELIGIOSA? Podríamos extendernos muchísimo más, pero terminaremos con una recomendación que se las trae. Dice la nota: 4) *Las parroquias citadas renuncian a la percepción económica de los «aranceles parroquiales»* (las comillas son de ellos), *así como a la cantidad que quieran percibir de las compañías aseguradoras. Las familias aseguradoras pueden pedir esa cantidad a las respectivas compañías de seguros*».

Ignoramos la reacción de las compañías de seguros, pero es igual: Todo sea por esos valientes anticonciliares y que atentan contra la sagrada LIBERTAD DE CONCIENCIA. Libertad que esos señores *eclesiales* siempre defienden a los OBJETORES DE CONCIENCIA. Son así. El Pueblo de Dios por ahora calla. Pero ¡ay! del día que airado se levante contra tanta injusticia...

El clamor desoído

Por IJCIS

1. LA CEDULA DE IDENTIDAD

Lo recordamos ahora con ocasión del triunfalista recibimiento al ex profesor exclaustrado. El está de momento fuera de la Compañía, pero la Compañía lleva ya mucho tiempo fuera de él. Como está muy fuera también de los... *antípodas* que escandalosamente lo aclamaron. Es la disolución vergonzosa y total. No se atendió al alarmado (y alarmante) clamor del Padre.

¿No lo recuerdan? En el memorable discurso que dirigiera Pablo VI a los jesuitas el 16 de noviembre de 1966 lo primero que llama poderosamente la atención es la misma solemnidad del marco *tremendo y sagrado* de la Capilla Sixtina, donde «se buscan y determinan los destinos de la Iglesia en ciertos momentos históricos».

Pero lo que sobrecoge más aún es la fuerza invencible y el interno *dramatismo* de las palabras con que quiere el Papa «sellar el grande y terrible momento», y a que prestan peculiar vigor y eficacia el significado evocador y el poder subyugante de las imágenes del juicio final.

En ese marco, augusto como pocos, y con una energía como pocas veces, el Romano Pontífice subraya, afirma y vindica expresa y repetidamente la suprema autoridad de su oficio apostólico.

Hace las veces de Cristo indigna, *pero verdaderamente*; su oración es humilde, *pero pontificia. Debido a su ministerio*, sirve de intérprete ante Dios y transmite el oráculo divino a *toda* la Iglesia, a *toda* la tierra, incluso a *toda* la humanidad. Ostenta, *por mandato divino*, la dirección pastoral y representación *total* de la Santa Iglesia. La Compañía debe seguir siendo *la misma* que fue desde su fundación para la Iglesia y *para esta Sede Apstólica*. «PIEDRA que es fundamento y símbolo del carisma de la verdad permanente y estabilidad invencible del catolicismo.»

De ahí la obediencia al misterio y a la autoridad de la Iglesia, especialmente, y en resumen, *a esta Sede Apostólica y al Sucesor de San Pedro*, ya que «la Santa Iglesia *está* resumida y representada *en nuestro oficio apostólico*».

Y todo esto..., ¿por qué y para qué?

Por el estupor y el dolor que han causado al corazón de padre del Vicario de Cristo los comentarios y noticias referentes a la Compañía (y también a otras familias religiosas): sugerencias extrañas y siniestras, de diabólicas *dudas* sobre si la Compañía ha de seguir *cual* «*la modeló* para la gloria de Dios, defensa de la Iglesia y maravilla del mundo San Ignacio».

Para asegurar la conservación *intacta* de su peculiar formación espiritual y de su estructura canónica, histórica y organizativa, que, si permanecen iguales a sí mismas, serán «vuestra mejor apología y *la carta de crédito* más persuasiva para vuestro apostolado».

El Papa sólo puede confiar en la Orden *en tanto en cuanto* ella sea fiel a su primer espíritu y estructura; «*mientras pretenda buscar* su excelencia en la sana doctrina y en la santidad de la vida religiosa»; en cuanto se confirma «*vuestra IDENTIDAD* con la Institución que en la coyuntura restauradora del Concilio de Trento se puso al servicio de la Iglesia Católica».

2. LA ENGAÑOSA CREENCIA

Tal es, en la estimación del Padre Santo (y en la de la Iglesia de siempre), la de poder prescindir de la intensa vida interior, como si la acción externa bastase para mantener tenso el espíritu. De ahí la exhortación calurosa a conservar en el programa de vida *la primacía de la oración*.

Sólo así —les viene a decir Pablo VI a los hijos de San Ignacio— podréis seguir luchando «como soldados de Cristo en las arduas batallas de su nombre, cual valerosos testigos de *la única y verdadera fe*, los más seguros, más audaces, más llenos de la caridad, que *vuestra vida interior hace inagotable*».

Se despreció el grito de alerta y la consigna apremiante del Padre... con la temerosa osadía de imaginar «que para difundir el Evangelio de Cristo era necesario hacer propias las costumbres del mundo, su mentalidad y sus formas profanas, olvidando que el acercamiento a los hombres no puede ser una asimilación tal que haga perder a la sal *su salado sabor* y al apóstol *su virtud original*».

Con inexplicable ligereza no se quiso recapacitar seriamente en la extrema gravedad de una situación que daba lugar al *insólito* proceder de Pablo VI, ya que, a pesar de la habitual prudencia reserva de la Sede Apostólica y de la particular delicadeza y finísima matización que suele emplear el Papa Montini, no puede ocultar *el estupor* y se constreñido a desahogar *su dolor*.

Entretanto, «Ecclesia» y Cía., tan desorientadas y tendenciosas. Se mentía descaradamente al indicar que sólo se prevenían tentaciones y peligros; se procedía sofisticamente cuando a los errores y relajación se les llamaba *tensiones*.

Entretanto, el apostolado (si era apostolado) de nuestros clérigos y obispos transporta peligrosamente el centro de gravedad del interior a la periferia, y en una febril actividad socio-política, nunca mejor apellidada *herejía de la acción*, con el burdo pretexto de retornar a las fuentes se alejaba de la verdadera fuente de la vida interior, de su propia razón de ser..., hasta perder la conciencia de sí mismo, de *la propia identidad*, como el Papa viene lamentando de continuo hasta estos mismos días cuaresmales.

Qué lejos estamos de la doctrina del Angélico: «El fin último de todo hombre y de todas sus operaciones y deseos es conocer la verdad primera, que es Dios.» ¡Qué lejos de la ponderación entusiasta de Marsilio Ficino!: «Tanto supera la contemplación a la acción como el ojo a las manos, la razón al sentido, el espíritu al cuerpo, al tiempo la eternidad.» San Juan de la Cruz estimaba en más un pensamiento sobrenatural que todas las maravillas del universo; el eximio Suárez os cedía con gusto todos sus escritos a cambio de una ferviente Avemaría.

En la sobreestima de la acción apostólica, como si ella misma fuera ya en *pleno sentido* oración, se olvida la humana psicología, sobre todo cuando no es muy alto —como es corriente en el hombre corriente— el voltaje de lo sobrenatural; se olvida la doctrina y la experiencia de los Santos a partir del mismo Jesucristo; se olvida que Ignacio de Loyola —que es tal vez quien ha valorado tanto o más que el Vaticano II lo de *contemplativo en la acción*— es el santo de la meditación diaria y de los diarios exámenes de conciencia y del rosario y de los *ejercicios espirituales*, del breviario empapado en lágrimas y de la Misa sin límites en el fervor y sin límites en el horario...

Se ha notado agudamente que a la teología clásica de la contemplación, del *ser divino*, ha sucedido la teología de la actividad, de la *historia de la salvación*. Y tanto se ha exagerado la exaltación del dinamismo y el culto del trabajo, que en algunos es ya idolatría, como en Thils, que ya no concibe el cielo *sin un poco de santa artesanía* (¡!).

3. *ENTRE LA CONTRADICCION Y EL SOFISMA*

Entretanto en la misma revista «Ecclesia» (como después en todo el proceso de la Conjunta) se permitieron críticas acerbas y generalizadas a los despectivamente dichos *módulos monacales* de la formación sacerdotal. Al tiempo se rechazaban con ira las justas críticas a *los nuevos curas*, cual si fueran dirigidas contra los jóvenes, lo cual no era exacto, o contra todos los jóvenes, lo cual era calumnioso. Se pretendía de tal guisa, como es tan frecuente, deshacer una *supuesta* calumnia con una calumnia *real*.

Era como querer exigir al novelista la maravillosa serenidad de San Ignacio, el rigor teológico de la *Suma* o la elevación mística del *Cántico espiritual*.

Pero... ¿es que la meditación diaria para empapar a todo el hombre del espíritu de fe y saturarlo de vida sobrenatural, y así vivir y ejercer su sacerdocio en creciente tensión a lo largo de cada jornada, es algo artificial e inoperante? Y el doble examen de conciencia que purifica el alma, previene las ocasiones y poda los viciosos brotes; la intensa vida litúrgica, para actuar el misterio de Cristo y de la Iglesia; la lectura espiritual, que dispone a la meditación; el ejercicio de la presencia de Dios, que nos eleva a la comunicación con el Padre celestial, haciendo realidad el *orar siempre y no desfallecer*; en un palabra, ese referirlo todo a Dios por el espíritu de oración, que penetra y como perfuma de sobrenaturalidad todos los actos, realizando la consigna de San Agustín: «Canta de tal arte con tu vida que nunca calles», porque «en tanto ora el hombre, en cuanto que toda su vida la ordena a Dios», como escribe Santo Tomás... ¿Todo eso no se enseñaba, sin duda con deficiencias y limitaciones, en los seminarios?

Y todo eso, con los retiros y los *ejercicios* ignacianos, siempre con vistas a la futura actuación sacerdotal, ¿con qué ligereza y osadía se afirma alegremente que no sirve para una vida eclesial en el mundo? ¿Prescriben algo distinto la «Menti nostrae», de Pío XII; la «Haerent animo», de San Pío X, y las encíclicas sobre el sacerdocio y sobre San Juan Vianney, de Pío XI y Juan XXIII? ¿Lo ha revocado por ventura el Vaticano II?

No sé si al articulista le llegaron quejas en sus convivencias bonaerenses (por más que nos consta con qué sentido práctico y apostólico se adiestraban *entonces* los seminaristas argentinos). Mas ¿hay otros medios para mantener alto el voltaje espiritual lo mismo en el gran Buenos Aires que en los suburbios madrileños, igual en la plaza de Mayo que en la Puerta del Sol?

Con ese morboso afán de motejar todo lo de antes, de aparecer moderno y enterado, se cae en el sofisma, la contradicción y el ridículo. Porque se ve obligado a reconocer: que el acto esencial en la vida del cristiano es la oración; que a ésta hay que disponerse con la lectura, la meditación y la contemplación, «que nos restituyen al sentido medieval de la *lectio biblica*.

¿Hay nada más monacal? Vienen a tropezar en lo que era sustancialmente lo que ya se seguía y... se acababa de condenar. *Es el inglés que descubre una isla, que es... Inglaterra* (¡¡!!).

Esto que se venía enseñando y practicando, con las inevitables imperfecciones, en seminarios y noviciados, ¿no es lo que con tan vehemente energía vindica el Padre Santo para los jesuitas y, con las matizaciones comprensibles, para todos los sacerdotes y religiosos?

Oídos de mercader a los gritos angustiosos del Papa: crisis aguda y galopante en la Compañía y en el sacerdote en general.

Monseñor Javier Osés, obispo auxiliar

Por JULIA RIBAS

Después de leer la carta de monseñor Javier Osés, publicada en «La Vanguardia Española» el día 9 de febrero, carta aclaratoria y de réplica a la carta de don Juan Huarte, publicada también en «La Vanguardia Española», yo como católica no puedo menos que defender mi fe.

Paso, pues, a defender mi religión, pues es deber de los católicos defenderla, y mal cumpliría mi deber de católica si así no lo hiciera.

Las palabras que emplea don Javier Osés en su «propaganda» que él llama «evangélica», tales como «fraternidad», «solidaridad», justicia», «pobres y ricos», etc. Da la casualidad que son idénticas a otras escuchadas, hace ya muchos años, en boca de los enemigos de nuestra Iglesia, y que sirvieron de mecha inflamada para prender odios, fomentar rencores y despertar sentimientos de rebelión entre la clase obrera de aquella época. Y fomentar esa lucha de odio y de rencor es tarea anarquista, no evangélica.

Aquella «propaganda» nos costó demasiadas vidas, demasiadas lágrimas, demasiado sufrimiento, para que hoy volvamos a escuchar la misma propaganda con impasibilidad e indiferencia. Tanto más con el precedente de los votos de la Conjunta, con los que pretendían la aberración de que las víctimas pidiéramos perdón a nuestros verdugos.

Aquellos ateos que, con semejanza de palabras nos los recuerda monseñor Osés, también hablaban al pueblo de «fraternidad», «solidaridad», «justicia», «igualdad» y «libertad». Y cuando parte del pueblo azuzado se echó a la calle, los «propagandistas», después de aprovechar el desorden provocado para arrasar, destruir, asesinar y robar, se fueron al extranjero a vivir del botín «requisado», nueva manera de calificar al robo, y los obreros quedamos mucho peor que antes. Hasta que el nuevo régimen, el actual, nos levantó, curó nuestras heridas y nos volvió el deseo de vivir.

Ya puede comprender don Javier Osés que los que sufrimos en carne y alma «aquello» nos pongamos en tensión y alerta al volver a oír parecidas palabras de aquella maléfica propaganda de entonces, causa que fue de tanta desesperación y dolor

Porque en donde más se puso de manifiesto la ferocidad de aquellos desgraciados fue en todo lo que se refería a Dios y a sus ministros. El odio de los que predicaban «fraternidad», «solidaridad» y «justicia» (la justicia de Carlos Marx), no tuvo límites a la hora de destruir todo lo que significaba religión, fe, amor a Dios. Porque fueron muchos los obreros y muchos los que no poseían riqueza alguna que fueron asesinados por el solo delito de ser católicos practicantes.

El nuevo régimen, el actual, después de LIBERARNOS, ayudó en todo cuanto pudo a la reconstrucción de iglesias, conventos y santuarios. Colaboró —¡como católico!— en la restauración del culto a Dios, en España, tanto que bien puede decirse que el actual régimen ha hecho más para la Iglesia en España que todo el episcopado español ACTUAL, incluido los obispos auxiliares. Y el «pueblo de Dios» sabe que de bien nacidos es ser agradecidos.

Aquellos, con sus palabras de «fraternidad», «solidaridad», etc., no predicaban la doctrina de Jesús sino la doctrina de Carlos Marx. La doctrina de Jesús, antes de predicarla, hay que practicarla, ¡vivirla! La doctrina de Jesús es amor, comprensión —¡entre todos!—, ricos y pobres. Pues a todos alcanza la gracia de Dios. Los apóstoles que predican la doctrina de Jesús, si no son falsos apóstoles, dan su vida predicando ¡amor!

La doctrina de Carlos Marx sólo sirve para crear odios y fomentar disturbios. Sólo sirve de espejito para deslumbrar y así encubrir los turbios propósitos de los «propagandistas». La doctrina de Carlos Marx se basa en «palabras» pronunciadas y no practicadas.

Los charlatanes que difunden la doctrina de Carlos Marx, predican «fraternidad», «solidaridad», «justicia» y asesinan y roban para conseguir sus fines. Y si no que les pregunten a los lituanos, a los ucracianos, a los checoslovacos, a los cubanos, a los polacos o a los familiares de los alemanes asesinados en el muro de Berlín. ¡Hermosa libertad, fraternidad y justicia la suya!

Muy honda, muy dolorosa y muy amarga, fue nuestra experiencia de entonces, para que no sepamos captar ahora sin equivocarnos quiénes tienen la señal de Dios y quiénes la del diablo, aunque algunos se nos presenten encubiertos con el «carnet» eclesiástico de sacerdotes, religiosos o religiosas.

A los pocos días de leer la carta que monseñor Osés publicó en «La Vanguardia Española», en la santa misa dominical, en la voz del sacerdote, San Pablo nos decía: *Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo. Seguid mi ejemplo, como yo sigo el de Cristo.* Lean ahora lo que nos dice un obispo de nuestro tiempo, de la «nueva Iglesia», en este caso, don Javier Osés.

Por mi parte —dice en su carta— *acepto de buen grado la culpa que tengo de no dar testimonio de pobreza en la Iglesia y en el mundo y me siento parte de esa Iglesia que necesita y busca conversión; pero aunque mi conducta personal no responda a los deseos de Dios y de la Iglesia, no por eso quedo exento del grave deber de anunciar el Evangelio y la doctrina de la Iglesia, como lo pide a la Iglesia el mismo Vaticano II, en el número 13 del Decreto dedicado a ellos.*

Le sigue un párrafo con mucha literatura, que muchos habrán leído y sacado sus conclusiones.

El hecho en sí es que ese señor reconoce públicamente que no es capaz de practicar lo que predica. ¿Qué clase de apóstol es? ¿Qué fuerza moral tendrán sus palabras si no las acompaña con el ejemplo? ¿Y además lo publica?

Quienes hemos militado en las filas de la Acción Católica sabemos que una de las principales reglas del apóstol es predicar primero con el ejemplo y luego con la palabra. Esa regla que rige para un simple apóstol seglar, ¿no rige para sus rectores, no cuenta para los obispos, mucho más obligados por su cargo y responsabilidad?

Dice *que acepta de buen grado la culpa.* ¿No la acepta arrepentido, con pesar? Dice *que es parte de esa Iglesia que necesita y busca conversión.* ¿Cómo la busca? ¡Ah, por sus obras los conoceréis!

¿SON ESTAS LAS RELACIONES DE LA IGLESIA CON EL ESTADO?

Intolerable manifiesto de 84 clérigos

Reproducimos de la prensa santanderina la siguiente denuncia "profética" con los nombres de los ochenta y cuatro clérigos de la diócesis de Santander que la suscriben:

Mañana, día 22 de febrero, se han de presentar para ser juzgados ante el Tribunal de Orden Público, en Madrid, cinco componentes de la H. O. A. C. (Hermandad Obrera de Acción Católica) de Santander:

PROCESADOS

Marta Peredo Escobedo, María Jesús Ortiz Gándara, María del Carmen Ruiz Fernández, Jesús Briz Bravo y Alfredo Sáinz Pacheco.

La razón de tal proceso es la publicación de una "Hoja Informativa" para sus militantes, con fecha 1-V-71, que, según el auto de procesamiento del Tribunal de Orden Público, "de forma tendenciosa ataca a la organización del Estado en sus aspectos de orden público, sindical, laboral, agrario, haciendo una crítica deformada y negativa de la situación político-social."

Los sacerdotes abajo firmantes, ante tal hecho, nos sentimos en el deber de manifestar lo siguiente.

1. La H. O. A. C. es una organización apostólica de la Iglesia.
2. El dar juicios morales sobre situaciones concretas, como lo hace la «Hoja Informativa» encausada, responde a la misión profética de la Iglesia que es, según la declaración de la Conferencia Episcopal sobre «La Iglesia y la Comunidad Política», número 39: «... juzgar con la luz del Evangelio y de las enseñanzas de la Iglesia las situaciones concretas de índole social y política».
3. Los militantes son conscientes de que «la lealtad a la Ley de Dios es manantial de sufrimientos, incomprensiones y aun persecuciones.» (Citada Declaración, núm. 24.) Por eso aceptan responsablemente los riesgos que su actuación implique ante las leyes civiles vigentes».
4. Es necesario que exista en la Comunidad Política espacio suficiente para que sus miembros puedan asumir de manera eficaz una pluralidad de compromisos individuales y colectivos. Una afectiva pluralidad de opciones es parte integrante del bien común». (Citada Declaración, número 20).

Joaquín Agüero, Angel Alonso, Jesús Arieta, Simón Arnaiz, Saturnino Bárcena, José A. Benito, José L. Benito, José María Blanco, Julio Blanco, Angel Bolado, Julián Bueno, Ernesto Bustio, Severino Cabarga, Feliciano Calvo, Lorenzo Casado, Artemio Ceballos, Benigno Colinos, Manuel María Cossío, Juan Cuevas, Fermín de Mieza, Alberto del Campo, César de la Campa, José del Campo, Santiago del Río, Santiago Díez, Manuel Díez, Santiago Domingo, Angel Esteban, Amador Fernández, Efraín Fernández, Domingo Fernández, Elías Fernández, Julio Fontaneda, Santiago Garminde, José Antonio Gallo, Salustiano Garma, Alberto García, Angel González, Francisco González, Ricardo G. Sollnís, Julián G. Liaño, Eduardo Guardiola, José Manuel Gutiérrez, José A. Gutiérrez, Jesús Hurtado, Isidro Hoyos, Agapito Ibáñez, Eduardo Ibáñez, José I. Jáuregui, Félix Larrea, José F. Lequerica, Jenaro Lobo, Gumersindo Lorenzo, Florián Martín, Jesús Madariaga, Clemente Miguel, Angel Mier, Manuel Molleda, José Luis Muiños, José María Noriega, José A. Obregón, Ricardo Ocejo, José Oláiz, José Olano, Félix Orobiorrutia, José M. Ortiz, Raúl Poo, Angel L. Penagos, José Pascual, Fernando Pérez, Alberto Pico, Roberto Reglero, Pedro Revuelta, A. Ruiz, José María Ruiz, José Rodríguez, Jesús Ruiz, José L. S. Sisniega, Avelino Seco, José María Santamaría, José L. Saiz, Germán Sánchez, Julián Torre, José María Torre, Aurelio Vigo.

DE LA ESFORZADA VIDA Y SANTA MUERTE DE PIO XII

Por Anselmo ROIG

Con el transcurso de los años, los hechos que vienen sucediendo en la Iglesia ponen de manifiesto la visión certera —prácticamente profética— del gran Papa Pío XII, que detectó y contuvo hasta su muerte el triunfo de la penetración marxista en el seno de la Iglesia católica. A su pontificado le correspondió —dentro de lo que es posible hacer desde Roma— denunciar, contener y preservar a la Iglesia de la autodemolición que le aquejaría a partir de su muerte en 1958. Había detectado clarísimamente la amplia conjura que desde Francia se había fraguado a raíz de su «liberation» con la complicidad de diversos sectores eclesiásticos, decididamente opuestos a las enseñanzas de la encíclica «Divini Redemptoris», de Pío XI, que consolidó y posteriormente amplió a partir del año 1950 —año en que Pío XII difundió la encíclica «Humani generis» (12-8-50) para combatir las falsas opiniones contra los fundamentos de la doctrina cristiana— con una ofensiva de tan amplio alcance que no resultaba muy difícil detectar a cierta «prensa católica», cuyos escritos podían comprobar una manifiesta resistencia a Roma con la benévola tolerancia de ciertos obispos designados a partir de 1944 para sustituir a los que se habían mantenido firmemente inclaudicables durante el mandato del mariscal Petain. Era una consolidación de aquel período en que «La Croix» (18 de mayo de 1944) publicaba con su característica malevolencia esta reveladora exaltación: «Honor a los rusos..., sean o no sean conscientes de su gesta, ellos han rendido no sólo a Francia y a Europa, sino también a la religión y a la Iglesia, un servicio de primerísimo orden que la Historia no podrá olvidar y que la Providencia recompensará.» Eran los inicios de la táctica de la mano tendida, del beso de Judas y del diálogo... Un año después —1945— el general Serov, jefe de los servicios secretos soviéticos, fundaba el Movimiento «Pax», con la misión de infiltrarse desde Polonia en la Iglesia católica de todo el universo, confiando el mando de la organización a Boleslaw Piasecki, cuyas técnicas fueron prontamente detectadas por Pío XII, como quedó demostrado con la condenación por el Santo Oficio de su libro «Problemas esenciales».

También detectó Pío XII secretos contactos entre católicos y francmasones, a pesar de las reiteradas condenaciones —y consiguientes prohibiciones— de la Santa Sede. Prevenido de que ciertos sacerdotes y religiosos tenían especialísima relación con altos dignatarios de la masonería, por lo menos desde 1938 sin mandato oficial alguno de la Iglesia, ordenó el Papa al reverendo padre Mario Cardovani, maestro del Sacro Palacio y confesor del Soberano Pontífice, que se recordase a todos los católicos que nada había cambiado la Iglesia en lo concerniente a la doctrina con respecto a la francmasonería, y escribía además en «L'Osservatore Romano» del 19 de marzo de 1950 (siendo notorio que cada día Pío XII repasaba personalmente toda sus galeradas línea a línea) lo siguiente: «Cada uno puede leer reiteradamente los documentos pontificios que reciben a diario una confirmación de lo que dice y hace la francmasonería en varios países. Este binomio forzado de católicos revolucionarios, católicos comunistas, católicos masones, etc., son una burla para los que no queremos mancillarnos y sabemos con Tertuliano que nada hay en el mundo más grande que un cristiano verdadero sin adjetivos ni adiciones. Es una obligación, especialmente para los católicos. tener una conciencia muy clara de sus deberes y de que comprendan cómo una ofensa a la ley del Evangelio se traduce prácticamente en muchísimos infortunios y desgracias para las almas y para los pueblos. Con Pío XII no prosperaron —en el orden estrictamente religioso— los propósitos israelitas de que la Iglesia católica declarara la no culpabilidad de los judíos en la muerte de Jesús. Fue después de su muerte cuando la maniobra israelita consiguió sus propósitos en el Concilio Ecuménico Vaticano II.

Al mantener Pío XII la doctrina filosófico-religiosa de la encíclica «Quanta cura» y consiguiente «Syllabus» de los principales errores modernos, los gobernantes católicos, los políticos, los sociólogos, tuvieron un respaldo moral extraordinario en la doctrina inclaudicablemente mantenida. Con su indeclinable firmeza en las orientaciones de orden moral, político, social, acordes con el ininterrumpido magisterio eclesiástico, consiguió que los pueblos y Estados católicos legislasen y administrasen con una guía segura. Ha sido después de su muerte —y más acentuadamente a partir del comienzo del Concilio Vaticano II— cuando ha sido posible el posconciliar maridaje de la Iglesia del Vaticano con los principios ideológicos de la Revolución Francesa de 1789, paso previo para la posterior «opción socialista» de no pocos obispos que dicen situarse en la línea de la «Octagesima adveniens».

Cuando más vigilante estuvo Pío XII fue cuando se trató de las tentativas de penetración comunista en la Iglesia, especialmente en China, donde la acción del comunismo preparaba la consumación de un cisma a través de la intensificación del movimiento de la triple economía, que deberá identificar al «movimiento patriótico religioso» comunista, que se inicia con las siguientes maniobras:

Mayo de 1950. El Consejo Nacional Protestante se reúne en Pekín con el ministro Chu-En-Lai y aceptan sus decisiones: Completa autonomía de la Iglesia China en cuanto a su gobierno, subsistencia y expansión (las tres autonomías). Después se separarán de los «falsos pastores imperialistas». El 18 de octubre de aquel año los protestantes celebran su XI congreso anual y hacen un llamamiento *a todos los cristianos* para la intensificación de toda China del movimiento de la triple autonomía, motivos nacionales que la justifican, medios para realizarla.

30 de noviembre de 1950. Manifiesto de los católicos de Kwangyum; comienzo de la campaña de reforma en la «Iglesia católica» a imitación de los protestantes.

Pekín convoca a las autoridades religiosas. Acuden personalidades eclesiásticas de las iglesias y del ministro Chu-En-Lai, a las que se comunica la creación de un Departamento para Asuntos Religiosos en el Ministerio de Educación.

La Santa Sede —inmejorablemente informada— toma sus resoluciones y advierte a los cristianos del gravísimo peligro que en China les amenaza.

23 de enero de 1951. Manifiesto de la diócesis de Nanchung, en el que afirma su propósito de cortar las relaciones económicas y epistolares con el Papa. Es la señal de comienzo de la ofensiva de la intensificación del movimiento de reforma.

9 de febrero de 1951. Declaración común de los católicos y los protestantes de Szechwan septentrional. Un paso más en la reforma. Católicos y protestantes van de la mano para formar juntos la nueva iglesia nacional «depurada de todo elemento imperialista». Se señala un «programa común» para llevar totalmente a la práctica las tres autonomías. La democratización de la Iglesia y la intensificación de la «cultura política» de los sacerdotes.

A partir de esta fecha se multiplican los manifiestos y declaraciones. Los grupos cristianos de Tientsin, Nankin y otras ciudades ven cómo sus portavoces «autorizados» apoyan la campaña en favor de la independencia y señalan sus progresos. Confiscan la sede del Comité Central Católico de Shanghai.

La campaña concluye el 4 de septiembre de 1951 con la expulsión del internuncio Antonio Riberi, «principal obstáculo a la consolidación de la iglesia nacional»...

Seis años después, consolidado ya el cisma chino con la consiguiente comunistización de su «iglesia nacional», el Partido Comunista de la República Popular China difunde una instrucción del «bureau 106» de Pekín, cursada el 12 de febrero de 1957 a los comunistas del extranjero, por la que «ordena que los militantes del partido penetren en el mismo interior de las iglesias —protestantes y especialmente católicas—, al objeto de dividirlas desde su mismo interior. Deben infiltrarse en todos los sectores de la acción eclesiástica».

Pío XII seguía al detalle tan satánica maniobra sin prestarse a la táctica de la mano tendida al comunismo. Con razón denunciaba con vehemencia «la situación espantosa existente allí donde el marxismo domina». Porque era conocedor al detalle del amplio alcance de la conjura, se estremecía por la existencia en la Iglesia de una subterránea corriente secretamente complaciente, en la que descubrió las primeras debilidades que le harán presentir las próximas traiciones. A su muerte, los católicos serán testigos de la campaña difamatoria que se ensañará contra el preclaro «Pastor Angelicus».

Pero antes de que le llegue la muerte, Pío XII tiene ocasión de constar cómo hay circunstancias en que son pocos los que pueden resistir la iniciativa maquiavélica de los comunistas, consistente en infiltrarse en el interior de la Iglesia para destruirla siguiendo los métodos recomendados por Pekín desde 1950.

Obran en poder del Papa Pío XII una colección de documentos —¿cuál habrá sido su paradero después de su muerte?— terribles que son prueba de la metódica tentativa de penetración marxista en la Iglesia y del insospechado alcance de «la corriente reformista» de ciertos sectores eclesiásticos...

La decisión de poner fin, en 1953, al experimento de los sacerdotes obreros; sus orientaciones con respecto al apostolado obrero y seglar; el mantenimiento en sus manos de los resortes más vitales del gobierno de la Iglesia; su decisión de que los políticos católicos no giren hacia la izquierda; su firmeza ante las tentativas minoritarias de un mal entendido y desviado ecumenismo; su permanente e incansable magisterio *doctrinal* (ajeno y adverso a los falsos pretextos pastoralistas) en todas las materias y situaciones humanas, fueron constante ocasión de manifestar su voluntad de no transigir y acabar con las veleidades contestatarias, aún minoritarias, por aquellos años.

Las personales y ostensibles pruebas de especial afecto que en el último quinquenio de su pontificado prodigó Pío XII a los cardenales Ottaviani y Siri, eran consideradas como indicación de su voluntad de afirmar para después de su muerte la autoridad del magisterio romano, que algunos deseaban fuese más democrático en el siguiente pontificado.

De aquel período son estas frases de Pío XII: «En frecuentes quejas se dice que durante los cuatro últimos siglos la Iglesia ha sido exclusivamente clerical por reacción contra la crisis que, en el siglo XVI, había pretendido llegar a la abolición pura y simple de la jerarquía y de que es ya tiempo de ampliar y ensanchar sus cuadros», con lo que demostraba estar muy alerta y dispuesto a llevar personalmente el timón de la Iglesia, sin «aperturas democráticas».

Según el libro que Mgr. Georges Roche y Mr. Philipe Saint Germain han publicado en la editorial Robert Laffont, de París, titulado «Pio XII devant l'Histoire», rapidísimamente agotado o puesto fuera de circulación y venta, que he visto, pero no he podido obtener ningún ejemplar, el año 1954 es testigo de un hecho que tendrá especialísima consecuencia en la Historia de la Iglesia. Las páginas 435 a 440 del citado libro dan cuenta de él. Estando moribundo Pío XII, les manifestó a monseñor Tardini

(Pasa a la página siguiente.)

El pueblo fiel y "EUCARISTIA"

Por Andrés OLIVARES

A quienes venimos manteniendo la dura brega antiprogresista en defensa de la fe de nuestro pueblo, no hacía falta que ocurriese un episodio tan significativo como el sucedido con el editorial zaragozano de «Eucaristía» para afirmarnos en nuestra firme convicción de que el sentido de la fe heredado de nuestros mayores está vivo, activo y operante en primera línea contra la peste progresista que nos invade.

Hace ya demasiado tiempo que veniamos observando en los atrios de determinadas iglesias, la presencia de carteles que, tomando como pretexto diversos problemas —reales o supuestos—, ofrecían unas interpretaciones de sus causas y efectos más dirigidos a excitar los ánimos que a proponer soluciones evangélicas.

Después de determinadas averiguaciones pudimos comprobar que todos ellos procedían de una editorial zaragozana denominada «Eucaristía» que envía simultáneamente a sus suscriptores unos guiones homiliticos para cada festividad. Una simple suscripción nos permitió disponer de dichos guiones y, por desgracia, confirmar nuestros temores: nos encontramos ante un verdadero destilado de hiel capaz de amargar los más puros ideales cristianos.

Según los autores de estos «guiones», la Virgen es «un símbolo nacional utilizado para sacralizar un orden envejecido», el camino que debemos seguir es «el análisis crítico y la cultura popular liberadora»; nos enteramos también de que «la manipulación del hombre conduce a la manipulación de Dios». Tenemos que estar atentos «por si Dios suscita un profeta en lugares insólitos», mientras se nos descubre que «la Sagrada Familia ha sido inventada a espaldas del Evangelio». Los padres «tienen que educarse ellos mismos», y, entre tanto, se debe «institucionalizar la oposición dentro de la Iglesia». Por si hubiera dudas, estos señores editores de «Eucaristía» nos descubren que «cumplir los deberes profesionales significa cumplir con los intereses de los superiores», y por ello «la glorificación y santificación del trabajo debe ser desenmascarada como una ideología al servicio de la dominación de unos sobre la vida de muchos».

Podríamos alargar indefinidamente esta retahila de vaciedades y sandeces propinadas semanalmente por estos nuevos «pastoralistas».

Pero he aquí que una noticia de agencia nos hace saber que ha debido constituir una sorpresa para estos manipuladores de la fe, pero no para quienes bien conocemos los quilates del fiel pueblo español. Según la escueta referencia de prensa han llegado al Arzobispado de Zaragoza muchos cientos de cartas protestando por el contenido de «Eucaristía», que extrañamente venía siendo avalada por una regular licencia eclesiástica.

Hasta aquí todo es absolutamente normal, pues a pesar de los esfuerzos de los mentalizadores progresistas o acaso gracias a ellos, el pueblo fiel mantiene una aguda conciencia de Iglesia y sabe muy bien dónde le aprieta el zapato. Una cosa es que calle y soporte en silencio, por respeto a sí mismo y a su Iglesia, tanto desafuero, y otra muy distinta que comparta ni por asomo la politización de ciertos clérigos expresada además en una ridícula jerga que ni ellos mismos entienden, pues nace exclusivamente de lecturas mal digeridas y peor elegidas.

Que en determinados momentos, y cuando el mal se extienda a zonas menos contaminadas, haya una espontánea reacción en el seno de los fieles a nadie puede sorprender, sino a los clérigos progresistas, que son los que menos cerca están del pueblo fiel, pues sus preocupaciones van por otros caminos. ¿Cómo van a comprender al sencillo creyente estos clérigos que gozan de pingües ingresos, copan los puestos eclesiásticos mejor remunerados y están bien introducidos en revistas, periódicos, editoriales, etc.?

Así, pues, las cartas de protesta contra «Eucaristía» a nadie pueden causar asombro. Lo asombroso es que no se hayan producido antes y que nadie autorizado haya intervenido más a tiempo.

Lo verdaderamente bochornoso ha sido la carta-circular que los beneficiarios del negocio de «Eucaristía» han tenido el valor de dirigir a sus suscriptores en demanda de cartas de apoyo escritas «con toda sinceridad» al arzobispo a quien, según el señor José Belda, «el número parece que le afecta mucho».

Es muy curioso y significativo que precisamente quien inicia la carta quejándose de la existencia de una «campaña», sin alegar ninguna prueba de ello envíe la misiva en cuestión precisamente para montar una campaña en favor de su negocio. Estamos, una vez más, ante la clásica mentalidad progresista incapaz de comprender que existan quienes no utilizamos sus conocidos medios de presión e incapaces de renunciar a sus clásicos métodos de agitación fundamentados en los pliegos de firmas, cartas orquestadas, noticias tendenciosas, etc. Lo llevan en la sangre y no pueden renunciar a ello.

No contentos con esto, cuando se han visto descubiertos y retratados sus métodos gracias a una noticia de agencia, en lugar de acogerse al disimulo del silencio han optado por negar la evidencia y desmentir lo archiprobado: que ante un movimiento de protesta contra «Eucaristía» los mentores de la publicación han montado una campaña de cartas para hacer vacilar al arzobispo de Zaragoza en su decisión. La campaña del señor Belda tiene detalles tan burocráticos como pedir copia de las cartas para «tener constancia de los que habéis escrito». Como ven ustedes, los editores de «Eucaristía» tratan a sus suscriptores como a disciplinada tropa. Por eso no entienden ni entenderán nunca que quienes a ella no pertenecemos mantengamos nuestra absoluta libertad para protestar y seguir protestando ante publicaciones como la que ellos editan.

Madrid, 22 de de marzo de 1973.

LA SEMANA SANTA, LAS PROCESIONES Y LAS AUTORIDADES CIVILES

Málaga. (CIO.)—Con ocasión de la proximidad de la Semana Santa y el desfile de Pasos a que suele dar lugar, el obispo de Málaga ha advertido a sus diocesanos que conviene reflexionen sobre esto:

— Que la Cofradía no es sólo para la Semana Santa, sino para todo el año. Para fomentar e incrementar la vida de piedad a lo largo de nuestra vida.

— Que la organización de actos de la Cofradía debe contar con el beneplácito del señor obispo.

— Las procesiones, que son actos religiosos, deben ser presididas por el clero y en lo demás no debe haber acepción de personas, si bien no hay que olvidar lo que dice el Concilio, tratando precisamente de actos litúrgicos, que hay que *exceptuar los honores debidos a las autoridades civiles a tenor de las leyes litúrgicas.*

— Que las Cofradías deben rendir cuentas ante la Vicaría episcopal todos los años, en el mes de enero.

— Que deben tener sus estatutos adaptados al Concilio y además debe crearse una comisión mixta, compuesta por dos miembros de las Cofradías, dos sacerdotes y un representante del Obispado para la puesta al día de esos estatutos.

CONTRASTES

Madrid. (CIO.)—Se comenta el que, mientras los nuevos obispos de Checoslovaquia pasan por el juramento de fidelidad al Estado comunista de su nación, sin mencionar otros juramentos de otros episcopados por el estilo, treinta y tantos profesores de religión en Vizcaya se han negado a enseñar religión mientras no se le dispense del juramento de fidelidad al Régimen. El caso ha motivado gran disgusto entre los padres de los alumnos.

DON MARCELO GONZALEZ, CARDENAL ARZOBISPO DE TOLEDO, LO MAS REPRESENTATIVO DE LA IGLESIA ESPAÑOLA

Madrid. (CIO.)—Lo dijo el Papa a la delegación española que fue a saludarle con el primado con ocasión de haber ido a recibir el capelo. Sobre ello hubo muchos comentarios en la recepción que luego se celebró en la embajada española, a la que asistieron muchos cardenales, embajadores y obispos. Entre los cardenales no faltó el cardenal VILLOT.

He aquí las palabras textuales del Pontífice, dichas al recibir a la delegación española: «En el cardenal arzobispo de Toledo, primado de España, monseñor GONZALEZ MARTIN, vemos personificada toda la historia pasada, presente y futura de la Iglesia en nuestra amadísima España, y os queremos señalar también que en este amado pastor tenéis lo más representativo de la Iglesia de vuestro país.»

(Viene de la página anterior.)

y a sor Pasqualina: «Esta mañana, mientras cía la misa, he visto a Nuestro Señor durante un corto instante, sólo un instante, pero lo he visto. Pensaba que el Señor me llamaba. Pero es al contrario... Mi hora no ha llegado aún.» ¿Qué luces, qué orden, qué consejo había recibido del Señor? Sigue siendo un misterio. Pero los rasgos de su pontificado adquieren más firmeza si cabe. Así las cosas, llega a su poder un documento transmitido a Roma aquel año 1954 por el arzobispo de Riga, cuyo informe le había afectado muy profundamente, pues le revelaba que una *alta personalidad* de la Secretaría de Estado, actuando en nombre del Papa sin que éste lo supiera, mantenía relación con ciertas importantes autoridades comunistas. Pío XII queda vivamente consternado —y posiblemente muy afectado en su salud— por la noticia. Retira su confianza a la «alta personalidad», prescindiendo de los servicios de dicho relevante colaborador en la Secretaría de Estado. Teniendo lugar seguidamente la práctica del *promoveatur ut amoveatur*, cuando debiera haberle mandado a su casa sin más para que resultara imposible el *amoveatur ut promoveatur*, con todas sus consecuencias años después. Quienes hayan seguido con normal interés las decisiones que durante su pontificado tomó Pío XII adivinarán qué alta personalidad fue la despedida de la Secretaría de Estado por tajante decisión pontificia, por mantener relación con ciertas autoridades comunistas. Lo que en la Iglesia ha venido sucediendo después de la muerte de Pío XII no puede sorprendernos.

LA POLITICA

Por JAIME RUIZ VALLES

Aún cabrían, en lo religioso, otras glosas de esta pastoral «pluralista», hecha a partir de unos singulares borradores a los que sus eminencias reverendísimas añaden retoques y coletillas, de lo que resulta algún desconcierto, y contradicciones, que no por eso la enderezan de sus más crasos errores. Cual un barco en la tormenta, arrebatado por las olas, ora zozobra a babor, ora a estribor, así este esquife,

«¡Pobre barquilla mía
entre peñascos rota...!»

Supongo que sus trozos los pegarán como un «symbolon», después que hayan completado todas sus «experiencias». Por lo menos, los señores obispos no van a quejarse de que nosotros no hayamos atendido a aquélla de sus recomendaciones:

«A los responsables de la información del pueblo les pedimos que... las tensiones de la pluralidad intra-eclesial no las confundan simplemente con disputas de orden político.»

Así lo hacemos. Nosotros..., confundirlas «simplemente», no las hemos confundido. No hemos cometido esta «simpleza» de la que tan considerablemente querían apartarnos sus plurales reverencias, ni confundido con disputas de orden «simplemente» político lo que tras estas *tensiones* por ellos promovidas se oculta, larvado: la herejía modernista en su raíz. Por eso nueve glosas en torno a la «disputa» teológica; para la política bastará por hoy con lo que queda de esta sola, aun advirtiendo que esta política, la de los obispos catalanes, parte de la mismísima entraña de la herejía. Certeramente la prevenía el Papa San Pío X cuando al analizar el prototipo del modernista como «reformador» (el apelativo debió de tremolarle irónicamente en la pluma al buen Papa) en una lista de las pretensiones características de este «reformador», en buena parte referibles a nuestros actuales obispos de Cataluña, denuncia esta:

«Ellos vocean que el Régimen de la Iglesia hay que reformarlo en todos sus aspectos, sobre todo el disciplinar y dogmático. Por dentro y por fuera hay que conciliarlo con la conciencia dicen ellos «moderna», que toda ella se inclina a la democracia...» (Pascendi.)

Tal es lo que ha pretendido, según ampliamente expusimos en los artículos precedentes, la pastoral «pluralista». Raro hubiera sido, con semejante hecho en el que, inicialmente, ya no es la religión la que invade la política, sino unos determinados «ismos» políticos los que invaden por dentro la religión y la arruinan, que desde esta plataforma, ya formada de presuntivas «democracias religiosas», esos obispos no intentaran transformar su mentida «religión» en caballo de Troya, desde el cual a su vez aniquilaran los sanos principios de un Estado que no ha tenido su origen en las conjuras masónicas. De esto nos precavía también el santo Papa, cuando todavía del Movimiento Nacional no habían sino apenas nacido algunos de los protagonistas:

«Pretenden que hay que variar la actuación del régimen eclesiástico en cuestión política y social, de modo que, mientras por un lado la Iglesia se enajena del orden civil, sin embargo se introduzca en él, imbuyéndolo de su espíritu.» (Misma encíclica y lugar.)

¡Tan claro se le aparecía a aquel Santo Padre el sofisma que, mientras quebranta la autoridad civil y hasta pretende hundir la catolicidad de las leyes, luego repta, sinuoso, queriendo infiltrar en el poder sus vagas y equívocas personalidades, so pretexto de una «religión» que el mismo movimiento modernista destruye! ¿Qué hemos de pensar ahora ante las declaraciones de la Conferencia Episcopal Española, de la cual es cualificada promotora la autodenominada Conferencia Episcopal Tarraconense (sola para sí y con derecho a la otra) presumiendo con la amañada cifra de sus «votos» alterar las leyes fundamentales del Estado español en su principio el más sagrado, aquél del que no se puede claudicar ni siquiera ante un Papa, el reconocimiento sincero y verdadero de la religión de Cristo? ¿Qué hay que pensar cuando estas mismas voces quieren negar su presencia en las Cortes y estamentos de la nación, luego en su pastoral catalanista insinúan: *«la presència del cristià en el mon»... «la fe li exigeix una presencia activa que tots hem de procurar que sigui cada dia mes possibilitada y ampla»...?*

¿Ahora con ésas? ¿Por un lado no quieren ni que el Estado se reconozca católico, ni formar parte en sus Cortes; por el otro reclaman una «presencia activa y amplia en nombre de la fe»? ¡Juegos malabares son ésos...! Parecen inconsecuentes y, sin embargo..., yo creo que precisamente en las inconsecuencias es donde hay que buscar muchas veces los indicios de las maquinaciones ocultas.

Veamos de ello un ejemplo. Nuestros señores obispos, según es notorio, hace tiempo presentaron en Roma una renuncia a todos sus privilegios. A vueltas con los meses y los años, no sólo los han mantenido todos, sino que los han aumentado con uno nuevo, nunca jamás concebido por los Concordatos ni por ningún otro género histórico o político: el privilegio, en fuerza de las «circunstancias», de ser ellos la única «oposición» organizada y libre..., el privilegio y derecho de agrupar bajo sus banderas a todo género de descontentos y sediciosos, que actúan al margen de las leyes fundamentales sin que les pase nada. En tanto estos obispos —¿vamos a ignorarlo?— cobran y aceptan cobrar del Gobierno, los jefes de las otras oposiciones que no son las suyas han de dormir algunas veces en la cárcel. A la larga, todos se irán con los primeros. ¡Bueno va: no creo que sea del todo intencionado! Debe de ser lo que dice la pastoral: *«Eso responde al desarrollo de la historia del hombre, siempre circunstanciado»...*

¿De qué sirve, ante esto, que la proclama entera de los obispos de Cataluña diga que esta «presencia activa» que reclaman es «para el reconocimiento de la igualdad entre los hombres y de su derecho a la participación en la vida social»? Los mismos obispos que quieren destruir con la ley la catolicidad del Estado resulta que «en nombre de la fe» reclaman una «presencia activa» para el «reconocimiento de la igualdad entre los hombres...»

¿En nombre de la fe? Pero ¿acaso no hay creyentes y hasta, más diré yo, «cofrades» en las esferas públicas? Y, sin embargo, la tarea política, salvando los principios cristianos, no es precisamente «en nombre de la fe» que hay que realizarla si de verdad queremos que la política, una sana poltica española, sea la obra ilusionada de muchos españoles que no son precisamente de «Acción Católica»... En nombre de la fe hay que predicar y practicar la verdadera religión, que algunas «pastorales» continuamente nos escamotean y tergiversan. ¡A nadie hoy en día (salvo a capillas de sacristanes) se le ocurre pensar que la política haya que hacerla así, sin más, «en nombre de la fe»!

Pero la «fe» de que estos obispos alardean es una «fe» que, según ellos, habría de principiar por un acto de pública apostasía. Una «fe» siempre, claro está, muy... «episcopal», en la «igualdad» de los hombres, una «fe» que *«sólo se realiza con esta acción plural de los cristianos comprometidos»* (sic) y cuya finalidad (véase el contraste) consiste en *«proclamar los derechos fundamentales y denunciar sus conculcaciones con valentía y unidad de acción»*.

¡Todo un programa!... Y más cuando lo subrayan pintorescamente con aquella expresión de la «Gaudium et Spes»: *«actúen con integridad y prudencia contra la injusticia y la opresión, contra el absolutismo y la intolerancia»*.

Tal es su política. Una política no ya de ciudadanos, que también lo son los obispos, sino de obispos que están por sobre los ciudadanos, que alegan como subterfugio la religión en lo que dicen, siguiendo un camino en que un Papa les condenó, y por lo tanto, desarrollan un juego poco claro.

Contrástense algunos de sus pasos. El uno, por lindeza, lo es de la pastoral:

«Hoy los hombres, en clima de creciente socialización, viven, reflexionan y resuelven sus problemas muy en conexión con los que se encuentran en situaciones y conflictos semejantes o se inclinan a unas mismas opciones... El pluralismo se concretará en grupos más o menos extensos de pensamiento y acción, dentro de los cuales cada persona es influida e influye...»

¡Los reinos de Taifas! O si más claro se entiende, para estas alturas del siglo veinte, el descubrimiento de la «lucha de clases». Nosotros creíamos que un ideal superior de justicia había de romper todas estas cerrazones; que la lucha por una España grande, junto al pan de la justicia, había de acabar con estas intestinas luchas...

El pan, no lo olvidan nuestros reverendísimos eclesiásticos, que en la «Hoja dominical» de Barcelona (4-III-73) publican en primera página un editorial titulado «La libertad económica de la Iglesia». En él leemos el siguiente párrafo:

«Un político catalán, FRANCISCO CAMBO, propuso la idea hace cincuenta años de la formación de un capital con cuyos réditos se redimiera la libertad económica de la Iglesia.» Y sigue hablando de la «liberación económica», que ahora en su mente ya no es asunto de pagas, sino de capitales. ¿Dónde está el decantado «socialismo»? Es más, si nos fijamos en la personalidad que ellos invocan, artífice del «posibilismo» autonómico, fautor de un catalanismo que todos sabemos hacia qué extremos habría de desbordarse, preguntamos: ¿de qué «esclavitud» quería Francisco Cambó liberar a la Iglesia hace cincuenta años? ¿Ni quién más apto para hablar de «capitales» que el corifeo de la «Lliga catalanista»? ¿Con tales presupuestos y veladas intenciones van a hablarnos, a estas alturas, los obispos sobre justicia social?

Tercer paso: se trata de la economía del seminario: un seminario yermo de seminaristas y desmantelado de doctrina. Habla el presidente de la así intitulada: «Facultad teológica de Cataluña», jesuita padre Ribas, a quien como provincial hemos tenido que referirnos otras veces:

«Des d'un comensament es pensà en una Facultat de totes les forces de Catalunya...» (*Y seguimos, aunque traduciendo.*): *«Se ha tratado de combinar las cosas para que, respetando la cultura y la lengua de la región, no quede aislada ni cierre las puertas a nadie, y por fin de la financiación... El Estado también tiene problemas... a pesar de estar bien convencido de que más que un gasto es uno inversión y de las más rentables (??!!)...»*. Luego habla de los millones. Por fin: *«Este es el objetivo de la unificación de fuerzas en la Facultad de teología de Cataluña.»* («Hoja diocesana», 18-III-73.)

¿Quién dijo «miedo»? En cuanto a las «Fuerzas de Cataluña», ¿«pluralismo» de qué ni para qué? La «unidad de Fuerzas de Cataluña» siguiendo los pasos de Francisco Cambó, la política pluriepiscopal es capaz de hacérsela abonar y capitalizar aun por el mismísimo Estado, cuya catolicidad repudia.

Hay que discernir qué sacerdotes siguen el ejemplo de Cristo

LA BENDICION PAPAL

Por Antonio PACIOS, M. S. C.

La bendición papal, implorada por la Asamblea sacerdotal reunida en Zaragoza, que como toda respuesta a su súplica no recibió más que el silencio absoluto, ha dado mucho que hablar y bastante que escribir. Y hay muchos que todavía no acaban de entenderlo.

Y, sin embargo, nada más fácil si se atiende a los signos de los tiempos, y nada tampoco más significativo de la situación hermosa que atravesamos. Y el resultado de contemplar a esa luz tal episodio nos muestra que Pablo VI fue movido a su silencio por el mismo Espíritu Santo y que por lo mismo tal silencio ha de aumentar nuestra devoción al Supremo Pastor, nuestra fe de que es el mismo Espíritu divino quien le guía.

Estamos de corazón con la Hermandad sacerdotal, aunque no pertenezcamos a ella ni nos consideremos dignos de integrarnos en ella. Y si por algo hubiéramos de criticarla, no sería por lo que hace, sino por lo que no hace, por su relativa ineficacia, porque parece que ahora —lo mismo que cuando Jesús vivía entre los hombres— «los hijos de este mundo son más hábiles para sus cosas que los hijos de Dios para las suyas». Decimos esto para que nadie crea que nuestra certeza de que el silencio pontificio fue querido por Dios implica la más mínima desaprobación de la reunión de la Hermandad sacerdotal.

«No es el discípulo más que el Maestro». Y al llegar la hora de la pasión, no sólo le fue negada la bendición externa del Padre, sino que, aun invocándola desgarradoramente—« ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?»—, recibió el silencio por respuesta. Y el Padre lo ama y amaba entonces con amor infinito, pero convenía que su Hijo «se hiciera maldición por nosotros», para liberarnos a nosotros de la maldición. Y mal hubiera aparecido como «maldito», gusano y no hombre, y convertido en escoria de los hombres, si en su Pasión hubiera recibido de modo manifiesto la bendición de su Padre. Y, cosa curiosa, el Padre, que con amor infinito le niega a El la bendición, parece prodigarla a quienes le condenan a muerte. Es el mismo Jesús quien nos lo afirma cuando dice a Pilatos: «No tendrías potestad alguna sobre Mí, si no te hubiese sido dada desde arriba», es decir, de parte de mi Padre. Y la reacción de Jesús ante esa negativa de bendición, cuando se prodiga a quienes le condenan, es una entrega totalmente confiada en manos de su Padre: «Padre, en tus manos entrego mi espíritu.» Y a esa entrega sigue su glorificación —que en realidad ya empieza con los prodigios acaecidos en su muerte— y la liberación de los hombres por medio de la Iglesia que brota de su costado abierto como don de su Corazón divino.

El que hoy el Papa prodigue su bendición a comunistas, ateos, progresistas, modernistas herejes y autodemoledores de la Iglesia, y la niegue a la Hermandad sacerdotal que se la implora, entra, pues, en los designios divinos. Es la señal verdaderamente necesaria para discernir qué sacerdotes siguen el ejemplo de Cristo, participan de su pasión redentora, son otros Cristos, y qué hombres —sacerdotes o no— están enfrente a Cristo.

Si estamos en la pasión de la Iglesia —que ha de copiar en sí misma la pasión de Cristo, para que el Cuerpo se configure a su Cabeza—, el silencio del Papa cuando se implora su bendición es el sello de quienes se sacrifican con Cristo y copian su pasión. Sello que el mismo Jesús quiere, que quiere el Padre Eterno —«a los que decretó salvar determinó hacerlos conformes a la imagen de su Hijo»—, que quiere el Espíritu Santo Santificador. Y que quiere también el Papa, como Vicario de Cristo en la Tierra, que ha de seguir su voluntad, por más que su corazón amante sangre de dolor al tener que guardar silencio ante el clamor de sus hijos, como hubo de sangrar el Corazón del Padre cuando respondió con el silencio al clamor de su Hijo crucificado.

Y la reacción del sacerdote ha de ser la misma que la de Cristo. Como El respondió al silencio de su Padre con un abandono y entrega total y llena de amor y confianza, así el sacerdote ha de entregarse con devoción y amor al Vicario de Cristo en la Tierra. Sólo entonces su pasión será fecunda, como la de Jesús.

De toda la vida de Jesús, lo más hermoso y fecundo es su Pasión y muerte, por ser donde más brilla y resplandece su amor a nosotros y su entrega a su Padre. Y de toda la vida de la Iglesia, lo más bello y fecundo es la pasión de Ella, que nos ha tocado vivir, si en esa pasión supiéramos permanecer en el amor y la confianza, en medio de nuestro abatimiento. Y como Cristo salió glorioso de esa Pasión, y por esa pasión —«¿no sabíais que por todo esto había de entrar el Hijo del Hombre en su gloria?»—, así la Iglesia saldrá gloriosa, purificada y sin mancha de la pasión e irrisión presente, para someter a todo el mundo al Reino universal de amor, de justicia y de paz, del Corazón de Cristo.

Así, la denegación de la bendición papal es signo de pasión de la Iglesia; pero también de su definitiva resurrección a la que camina mediante la pasión y del inminente establecimiento del Reino universal del Corazón de Cristo.

Sacerdote que ve esto dará gracias a Dios, le bendecirá por haber movido al Papa a negarle su bendición y no se amargará en su corazón —por mucho que le duela, que también le dolió a Cristo—. Y le será fácil verlo si contempla a Cristo Crucificado, su Modelo, y si se goza de no ser «más que su Maestro». Y entonces se sentirá confortado por la bendición de su Madre Celeste, que no le faltará, aún sensiblemente, como no le faltó a Jesús al pie de la Cruz.

LUZ Y DOCTRINA DE LA IGLESIA

Por Julio CAMPOS, Sch. P.

(JOSE MARIA LLADO, «*El Compromiso Temporal*». Política para Católicos. Ediciones Cedro. Barcelona, 1972, 305 págs., 20 × 14 cm., 200 ptas.)

El título de este libro, sugestivo y atractivo, es una idea de por sí bastante vaga, aunque muy circulante y maniobrada hoy en todas las esferas eclesiásticas y laicas, como efecto del potente impulso dado a esa noción y aplicación por el Vaticano II.

Mas en el fondo de ese título se esconde una doctrina y un pensamiento que atañe con palabras más explícitas al reinado social de Jesucristo, que es, en definitiva, lo que constituye el nervio del problema que se ventila en toda la sociedad contemporánea. Por eso, con acierto y orientación ha añadido el autor el subtítulo, «Política para los Católicos».

El libro está concebido para toda clase de ciudadanos católicos, conscientes y de buena voluntad, que sepan pensar y deseen acertar en el cumplimiento y conducta con respecto a sus deberes cristianos de ciudadanos.

La ordenación y estructura del contenido está muy bien organizada, en cuanto se entrelazan dos elementos, uno brevemente expositivo y otro documental, en cada uno de sus temas y apartados; es decir, un resumen doctrinal sencillo de las ideas fundamentales a que se refiere el tema, y otro elemento, que es el principal y específico de este libro, los fragmentos y citas textuales de documentos pontificios doctrinales que abarcan desde León XIII hasta Pablo VI, donde se recogen el pensamiento y sentir y principios de la Iglesia sobre la cuestión y tema expuesto previamente.

Para que el lector, interesado en instruirse y formarse a lo católico en estas cuestiones, tenga una idea del plan y contenido del libro, damos a continuación el Indice y Plan de la Obra:

PRIMERA PARTE: Concepción racional y cristiana del orden político social.
El hombre y sus derechos naturales.
Libertad individual y social.
La Sociedad civil.
La Ley.
La Autoridad.
El Estado. Su estructura democrática.
Las formas de gobierno.
Deberes del Estado para con Dios.
Relaciones entre el Estado y la Iglesia.
La Iglesia y la Comunidad Internacional de los Estados.
Cristo Rey de la Sociedad.
La paz social condicionada a la libre aceptación del Reino de Cristo.
SEGUNDA PARTE: La absurda concepción naturalista del orden político social.
La oposición al ordenamiento cristiano de la sociedad.
El Naturalismo.
El hombre y sus derechos naturales.
La libertad.
La Sociedad.
La Ley.
La Autoridad.
El Estado.
La Democracia.
La Separación de la Iglesia y el Estado.
El Liberalismo.
El Socialismo.
Tolerancia y Progresismo Católico.
No puede haber paz fuera del orden cristiano.
Necesidad y esperanza de la aceptación del ordenamiento cristiano.

No hay duda que el católico culto y corriente encuentra en esta colección, ordenada por ideas y temas de la doctrina pontificia relativa al orden social y político, un instrumento sumamente apto y útil para formarse conciencia clara y firme de los principios rectos y cristianos que debe profesar en tal materia y de la conducta que debe seguir en público y en privado, sin titubeos y sin respetos humanos, innobles y cobardes.

El autor presta con esta obra un servicio de profilaxis ideológica cristiana a los ciudadanos españoles, Dios Nuestro Señor se sirva acrecentar esta siembra de nobles y rectas ideas y que se traduzca en frutos de actuación política y social que contribuyan eficazmente en nuestra nación al reinado social de Jesucristo.

OJEADAS...

No se diga que el Movimiento Nacional, mediante la justicia social que ha ido instituyendo y distribuyendo al través de sus Gobiernos, sus Leyes de Trabajo y Previsión, no ha adecentado, ennoblecido, enriquecido y asegurado en la clase trabajadora (a la que usted, Padre, llama «explotada y oprimida») un nivel de vida en creciente prosperidad y un sistema de «igualdad de oportunidades», sin discriminación de clases, para la escalada de todos los valores humanos, intelectuales, profesionales, científicos y técnicos, lo mismo en el hijo de un peón de albañil que en el mejor criado «hijo de papá»... ¡Es un desatino, Padre, que en sus conferencias y sus homilías, en su moderna catequesis evangélica, con un absoluto desprecio de la verdad, vaya inculcando, en la conciencia de los fieles, como si fuese la verdad de Cristo, esa horrenda mentira del socialismo!

—¡Basta! —me rechazó el clérigo «progré»—. Es usted un mercenario del Régimen, un agente bien pagado del capitalismo opresor...

No pude contenerme:

—Y usted, en el mundo, es un ignorante! ¡Un mentecato! ¿Qué sabe usted del socialismo ni de España? ¿Querría saber lo que fue, antes de Franco y del Movimiento Nacional, el socialismo? ¡Pues tome nota!

El socialismo español se distinguió siempre por ser cualquier cosa menos socialismo: fue monarquizante y dictatorial en los seis últimos o antepenúltimos años del reinado de Don Alfonso XIII. Largo Caballero, el después llamado «Lenin español», fue consejero de Estado con el Rey y miembro de la Asamblea Consultiva creada por el Dictador y Grande de España marqués de Estella.

En aquel tiempo el socialismo, solidarizado con la Corona, con el Ejército, con la Iglesia, con los enemigos de las libertades democráticas, acudió en ayuda de las instituciones tradicionales, burguesas, explotadoras, capitalistas, aristocráticas, que exaltaban y enriquecían a los «líderes» del proletariado a cambio de que los «líderes» domasen a los obreros y a los campesinos de las Casas del Pueblo persuadiéndoles de que lo de menos era ser libre, engordar al patrono, desencadenar huelgas, organizar «mítines» y ejercer la soberanía popular mediante los comicios electorales... Después, sí, se hicieron republicanos pero ¿para establecer una República humana social!, progresiva? No. Se hicieron republicanos para coadyuvar a establecer una República de engañifa, resultado de una conjura de las universales traiciones de todas las podridas fuerzas políticas del país.

Largo Caballero, desgastado del trato con la Corona y con sus pretorios, cedió el paso a Indalecio Prieto. Este dio la mano al viejo ministro del Rey, a Alcalá Zamora, y apoyó al tránsfuga para que instaurase una República con Senado, con obispos, con plutócratas y con Guardia Civil, con mucha Guardia Civil. Las masas, naturalmente insumisas a un Régimen que les había prometido «el oro y el moro» y seguía pagándoles en calderilla y disciplinándoles a latigazos, se rebelaron en Cataluña, Aragón, Extremadura y Andalucía. Y el socialismo español, con el talante y los procedimientos que luego habrían de recriminar en el nazismo, procedió a encarcelar, deportar, cañonear, asesinar, a los trabajadores, a los «ciudadanos libres». Recordemos lo de Figols, con sus extrañamientos de anarquistas y de sindicalistas al Africa; lo de Casas Viejas, con sus veinte campesinos «agujereadas las barrigas»; lo de la taberna de Cornelio, de Sevilla, donde con una batería artillera emplazada frente al tugurio transformado en fortín, que disparó a cero, se despedazó y dispersó por el aire a una masa de trabajadores rebeldes al socialismo de los vividores con sus prebendas y sinecuras republicanas.

Vemos cómo ser socialista a la española es ser monárquico, ser dictatorial, ser republicano a lo pretoriano o a lo nazi. El socialismo al estilo español, es decir, al estilo que nos han hecho despreciar y aborrecer sus apóstoles muy bien retribuidos, consiste en valerse de todos los regímenes para participar en el Poder, y en que el Poder y todos los regímenes les valgan personalmente a los «líderes» para sus chantajes y trapicheos, aunque a las masas no les valgan sino para incrementar su miseria y su exasperación. Las masas que se aguanten. A las masas, si no se aguantan —es la tradición del socialismo hispano— se las aplasta y a otra cosa.

¡Ah! Cuando la hora del Comunismo fue llegada, también el socialismo español fue comunista. Negrín se encargó de incorporar a los socialistas monárquicos, a los socialistas pretorianos del general Primo de Rivera, a los socialistas de Alcalá Zamora, a los socialistas de la República episcopal; de incorporar a todos esos socialismos, digo, al de la pretendida Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas Ibéricas. Y el socialismo ese, dúctil, serpeante, flexible, camaleónico, le ofrendó a Stalin toda la sangre de la juventud española y todo el oro que habían acumulado las generaciones para legarle a la nación un acomodo en lo porvenir.

¡Padre! ¡Padre! —increpé—. ¿Es ése el socialismo que predica?

¡No, no! Tengo la evidencia que ese sacerdote no es socialista de ese socialismo, ni tampoco sacerdote como se debe ser.

EL VIGIA

VIA CRUCIS ECLESIAL

Por JUAN-ANGEL OÑATE, Lectoral de Valencia

5.ª **ESTACION:** El Cirineo lleva la Cruz de Jesús (Mt 27, 32; Mc 15, 21; Lc 3, 26).

Le cargaron con la Cruz en pos de Jesús (Lc 23, 26).

● **Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, CARGUE CON SU CRUZ Y SIGAME** (Mt 16, 24).

¡Y a veces no seguimos a Cristo N. S. siquiera! ¡Y sin cruz sobre nuestros hombros, ni nada!

Nos aburre su compañía. ¿A cuántos eclesiásticos se ve en las iglesias haciendo el Vía Crucis? Eso... está ya «desfasado», lo mismo que **los Ejercicios de piedad y virtudes cristianas**, que a muchos les hace casi reír el citarlo.

● A no pocos les parece **una cruz** el ser castos: El seguirle en celibato (en virginidad), como prometieron. El imitar su vida: **La imitación de Cristo** es algo «desfasado».

● **¡Angosta es la senda que conduce a la Vida** (Mt 7, 14).

El ser cristiano: el guardar los Mandamientos es cosa dura: digna de **hombres.** Aunque sea para todos... NO, no es para TODOS.

● El verdadero cristiano y en especial **aquel que quiera afectarse más en su santo servicio** dirá a su Señor: «Yo no Os dejo por nada del mundo. Vuestra Cruz es para mí más dulce que todos los placeres y diversiones mundanos. La quiere más que a cosa alguna creada. Si no veo la Cruz... aquello no me gusta. Y si no la veo en un escrito... no me gusta; si no comienza por ella una conferencia, no me gusta, aunque se diga religiosa. Si no la veo en cualquier colegio escuela, etc.

—hospital, clínica...

—cementerio... no me gustan. Me parece que allí **no vive el Señor**: laico.

● Y a usted ¿no le gusta lo **laico, lo secularizado, lo desacralizado?** Pues está usted «desfasado».

Pues que lo esté delante de los hombres, con tal que esté **en fase** delante de Dios. A mí me **gusta Cristo y Cristo crucificado, que para unos será escándalo y para otros estulticia; pero en realidad es fuerza de Dios** (omnipotente y **Sabiduría de Dios** (omnisciente) (1 Cor 1, 23-24).

● Si no cargamos con la Cruz de Cristo, sino que se la cargamos al hermano, entonces no somos Cirineos: somos los verdugos de Cristo. Y Cristo nos dirá con toda razón: **«¡Tú me cargaste la Cruz!».**

● A algunos les dirá el Señor en aquel día: **¡Ven, bendito de mi Padre, que tú llevaste mi Cruz!**

Pero... ¿cuándo llevé yo tu Cruz, Señor?

Cuando sobrellevaste aquella: calumnia, enfermedad, injusticia (Mt 25, 34-40). Pero... ¡si mi dicha era ir en pos de Vos, aunque fuese con la Cruz. Si era yugo suave y carga ligera! (Mt 11, 30).

Triste sería que el Señor tuviese que decir a alguien: **¡Tú no llevaste mi Cruz!**

¿Cómo que no llevé tu Cruz? ¡Si todos los días me la ponía y no me la quitaba. Si todo el mundo la veía!...

Pero **no era mi Cruz.** Era una cruz de relumbrón...

No; no, Señor: que era de madera.

¿Es que no puede haber, en lo que aparenta ser pobreza, exhibicionismo?

¿Estaba crucificado para ti el mundo y tú para el mundo? (Gal 6, 14).

● Antes del Concilio decían todos los días los sacerdotes al ponerse la casulla: **«Señor, que dijiste: Mi yugo es suave y Mi carga ligera, haz que de tal modo lleve éste** (el del sacerdocio) **que consiga tu gracia».**

Hoy, después del Concilio, ya no se dice. Y los sacerdotes pueden olvidarse de que **su yugo es suave y su carga ligera.**

● Tampoco se dice aquella oración: **Cíñeme, Señor, con el cíngulo de la pureza... para que permanezca en mí la virtud de la continencia y castidad.**

Y lo que no repetimos con frecuencia se nos puede olvidar... Y es cosa que no nos debe extrañar.

LA ESPADA DE SAN PEDRO

Por TEOFILO

2 En sólidos cimientos levantada
LA IGLESIA DE JESUS EL REDENTOR,
con EL PAPA, de PEDRO sucesor,
no hay LEY FUNDAMENTAL mejor fundada.

La «LEY FUNDAMENTAL» es LEY SOBRADA;
y si hoy quiere imponerla algún «DOCTOR»,
otra vez, en defensa del SEÑOR,
volverá PEDRO a desnudar su espada.

Será inútil que muchos «COLEGIALES»,
muy colegiadamente o a porfía,
la eleven con sus votos «COMUNALES».

Que aunque obtenga de votos mayoría,
y la aprueben con bombo y con timbales,
PABLO VI JAMAS LA APROBARIA.

ESTE ES MI CUERPO

Por JOSE MARIA PEREZ, Pbro.

En la magnífica iglesia benedictina de Ottobeuren (Suabia) hay un cuadro donde Nuestro Señor Jesucristo aparece sentado a la mesa con diversos «reformadores», como si estuviera celebrando la Ultima Cena. Y cada uno de aquellos comensales tiene un letrero en la mano:

Zwinglio: Esto significa mi cuerpo.
Calvino: Esto es la virtud de mi cuerpo.
Lutero: Esto contiene mi cuerpo.

El buen Jesús está mirando con una expresión de suave dolor, pero lleno de amor, el pan que tiene en las manos, y dice:

—*Hoc est corpus meum.* Este es mi cuerpo (Mateo 26, 26).

● O'Connell, el gran orador y defensor acérrimo de las libertades irlandesas († 1847), era, al mismo tiempo, un piadoso y fervoroso católico. Un día, encontrándose con algunos protestantes, se burlaron éstos de él, porque creía en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y en los milagros de este gran misterio. Y el valiente católico respondió sin más:

—Debierais conocer el Evangelio e iríais a una con Jesucristo. El lo dijo: y por eso yo creo.

● ¿Qué más se puede responder a quien presente la duda? Jesucristo, el Hijo de Dios lo ha dicho. El no puede engañarse ni engañarnos. Canta, pues, con la santa Iglesia:

Adórote devotamente, oculta Deidad, / que bajo estas sagradas es-[pecies /
te ocultas verdaderamente. / A ti mi corazón se somete totalmente /
pues al contemplarte, / se siente desfallecer por completo. /
La vista, el tacto, el gusto, / son aquí falaces; /
sólo con el oído se llega / a tener fe segura. /
Creo todo lo que ha dicho / el Hijo de Dios, /
nada hay más verdadero / que esta palabra de la Verdad.

(Del himno *Adorote.*)

● Veía un padre misionero un día y otro día a un recién convertido a la fe ante el tabernáculo, de rodillas. Y un día le preguntó:

—¿Qué dices tú a Jesús todo el tiempo?
—Nada, padre; yo no he aprendido a leer en libros.
—Pues ¿qué haces ahí durante horas?
—Expongo mi alma al Sol, padre...

Y Jesús, desde el sagrario, sonreía: «Te celebro, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque escondiste esto a los sabios y prudentes, y lo descubriste a los pequeños. Bien. Padre, pues así te agradó sucediera» (Mateo 11, 25-26).

● Cuando allá en el siglo XII murió el príncipe de Brabante, heredó el trono su hijo Godofredo, el cual apenas contaba un año de edad. Y entonces los enemigos juzgaron llegada la hora de irrumpir en aquel país.

Pero los decididos súbditos juraron fidelidad a su pequeño príncipe; después cogieron la regia cuna que se llevaron al campo de batalla y la colocaron en un árbol alto, a fin de que pudieran verla todos los soldados.

El niño no hablaba todavía, no podía, cierto, dar órdenes; pero a sus leales bastábales con mirarlo, y la sola mirada les infundía valor y arrojo. Sentían ellos que no estaban solos. Y así vencieron y liberaron al país de manos del enemigo...

● Jesús, en la divina Eucaristía, sin hablar, preside a los cristianos en los afanes y combates de la vida. Y así le cantamos con la madre Iglesia:

Al nacer dióse como compañero; / en la cena como alimento;
al morir como redención; / y al reinar como premio.
¡Oh víctima de salvación, / que abres la puerta del cielo!
Arrecian las guerras del enemigo: / danos fortaleza, concédenos [auxilio.

(Del himno *Verbum superum.*)

● Sucedió en tierras de Suiza. Bajaban a la sazón de sus cumbres nevadas un hombre y una mujer; llevaban en medio de ellos a una niña vestida de blanco. Eran padre, madre e hija.

Y cuando estaban ellos cerca de la iglesia parroquial, vieron una multitud de gente arrodillada. Las sagradas hostias que fueron sacrílegamente robadas habían aparecido allí entre unas zarzas. Cuando llegaron, pues, cayeron también de rodillas nuestros devotos viandantes.

Y fue entonces cuando un viejo fervoroso propuso:

—Tú, niña de alma blanca y velos blancos, vas a llevar este tesoro en tus blancas manos hasta la iglesia...

Y empezó automáticamente y espontáneamente la procesión. Toda la gente rezaba emocionada y cantaba:

Adoremos de hinojos tan augusto sacramento;
y las ceremonias del Antiguo Testamento
cedan el lugar al nuevo rito;
supla la fe la incapacidad de nuestros sentidos.

Alabanza, cantos de júbilo, gloria, honor,
poder y acción de gracias
demos al Padre y al Hijo;
e igual homenaje tributemos,
al que entrambos procede,
el Espíritu Santo. Amén.

(Del himno *Tantum ergo.*)

● Al llegar al altar, el sacerdote, volviéndose a la niña, dijo:

—Ya que Dios ha sido llevado en tus manos, justo es que lo recibas en tu corazón.

Y allí mismo hizo la primera comunión.

¡Día de verdad grande el día de la primera comunión! ¿Quién no lo recuerda con honda emoción?

Conversaba Napoleón un día con sus compañeros de armas. Y uno decía que el día más feliz de su vida había sido el de la batalla de Marengo; otro decía que el de la batalla de Austerlitz, y éste el de la batalla de Jena, y aquél de la batalla de Wagram, y todos citaban uno de esos hombres de famosas batallas.

Uno de los presentes preguntó entonces a Napoleón:

—Para vos, majestad, ¿cuál ha sido el día más feliz de vuestra vida?

Y Napoleón respondió:

—El día más feliz de mi vida ha sido el día de mi primera comunión.

● Mira, quepasense amigo, en la sagrada comunión somos dos: Jesús y yo; fíjate bien, Jesús y yo, no yo y Jesús. Que allí todo depende de quién es el primero y quién es el segundo; quién es el personaje principal y quién el secundario.

No pocos comulgan de manera que yo sea el personaje principal, y Jesús sea el secundario. ¡Es la comunión de los tibios e indiferentes, que luego se quejan de que no experimenten los saludables efectos de la comunión!

Comulgar, en cambio, de manera que Jesús sea el primero y yo el segundo: ésta es la comunión de los fervorosos, de los que reciben las gracias y bendiciones del Señor.

¡Cuántas comuniones infructuosas por no saber matar mi yo y no pensar que allí no hay más que Jesús para unirse a él de tal modo que pueda decir con el apóstol: «Vivo, mas ya no yo, es Cristo quien vive en mí» (Gálatas 2, 20).

● ¿Qué no podrás si Cristo vive en ti? Lo refirió un célebre cirujano. He operado a millares de hombres, pero ninguna operación me ha producido tanta impresión como la de un joven seminarista.

Era una ciudad de provincia, en un crudo invierno; la intervención era urgente y yo no tenía cloroformo. El me dijo: «Concédame media hora de tiempo para confesarme y comulgar, y no necesito cloroformo.» Así se hizo.

Empezó la operación, y en todo el tiempo que duró, el paciente no tuvo el menor estremecimiento: solamente repitió, mientras yo cortaba en la carne viva: «¡Señor, dadme fuerza! ¡Señor, ayudadme! *Da robur, fer auxilium!*»

Y el médico terminaba diciendo: «Cada uno saca fuerzas de donde puede; y yo creo que el paciente las sacó de la mejor fuente.»

● ¡Este es mi cuerpo! «El pan de los ángeles se hace pan de los hombres; da el pan celestial fin a todas las antiguas figuras. ¡Oh, cosa admirable! Come al Señor el pobre, el siervo y el humilde. A ti, Dios uno y trino, te pedimos nos visites, así como nosotros te honramos. Guíanos por tus sendas al fin donde tendemos hasta la luz en que moras. Amén.» (Del himno *Sacris sollemniis.*)

Y acabo. El general Flabert, gobernador de la plaza de Sedán, encontró a un sacerdote que llevaba ocultamente el Viático a un enfermo. Y le dijo: «¿Podríais esperar media hora?» Y ante la respuesta afirmativa, añadió: «Tened la bondad de volver a la iglesia de San Lorenzo.»

Después de acompañarle a dicho templo se dirigió al cuartel y mandó formar la guarnición desde la iglesia a la casa del enfermo. Luego se unió a la comitiva que acompañaba el santo Viático, llevando un cirio en la mano...

¿No honrarás tú siempre, en público y en privado, al Santísimo Sacramento?

«¡Oh víctima de salvación, / que abres la puerta del cielo! / Arrecian las guerras del enemigo; / danos fortaleza, concédenos auxilio.» (Del himno *Verbum supernum.*)

VIRUTAS

«CRISTIANOS, A LAS FIERAS!»—O poco menos, porque lo que se está haciendo, por ejemplo, con el obispo Gijsen en Holanda, y con alguno más por otros sitios, es eso, echar a la arena del moderno circo a unos obispos santos, víctimas que, como en España el santo obispo Gúrpide y el admirable y santo obispo doctor Morcillo, pagan con su salud y, en definitiva, con su vida, la fidelidad a Cristo y a su Iglesia. Y no es esto lo que se debe hacer, no; no se debe arrojar entre herejes a un apóstol de Jesús para que lo defienda y lo confiese, no. Lo que procede es, *ante todo, CONDENAR LA HEREJIA y apartar a los herejes* y LUEGO situar en los puestos de gobierno y responsabilidad a aquellos que habrán de defender los intereses de Jesucristo y de la Iglesia a todo trance y a cualquier precio que, aún así, tal como nos hallamos, habrán de ser ellos héroes de santidad... Porque leo en «C. I. O.» (17-III-73, número 117) algo sobre monseñor Gijsen: «EL LENTO MARTIRIO DE UN OBISPO», que parece extraído de uno de los campos de concentración y martirio de los que tanto abundan hoy en los países defendidos por determinado sector de la Iglesia...

«CON LA IGLESIA HEMOS TOPADO, SANCHO».—Sí; con la Iglesia, con la VERDADERA Y UNICA IGLESIA DE CRISTO; la que tiene la promesa de El: «LOS PODERES DEL INFIERNO NO PREVALECERAN.» Contra esa Iglesia «ha topado la OTRA», la que se llama a sí misma NUEVA, la que habiendo desgarrado y dilacerado la UNIDAD, ha formado una especie de secta que proclama a los cuatro vientos que «NO POSEE LA VERDAD y que la está BUSCANDO...» Ese trozo desgajado de la verdad es el que «TOPA CON LA IGLESIA» que, inconmovible, permanece FIRME EN LA FE, sabiendo que POSEE LA VERDAD QUE HA DE PERMANECER ETERNAMENTE.

EL LDO. LUCIERNAGA

PORNOGRAFIA SOLAPADA

Por Gonzalo Vidal, Pbro.

Motiva estas líneas el trabajo que A. Roig ha publicado en sexta página de nuestro indesmentido ¿QUE PASA?, número 422, del 24 de marzo de este año, denunciando que en Francia ha estallado recientemente una intensa campaña, alentada por el progresismo clerical predominante, en favor del divorcio, del aborto y de una naciente «sexocracia» que asimila a la perfección la llamada moral de situación basada toda ella en principios de la masonería internacional; principios que ahora no especificamos, uno a uno, por no ocupar demasiadas páginas de este querido semanario. Sólo nos permitimos mencionar el que más me ha estremecido: «Hay que destruir en la mujer el sentimiento instintivo y egoísta del amor materno», «la mujer no es más que una perra, una hembra si quiere hijos». Principios éstos que más o menos refinadamente y solapadamente van desde la radio y televisión hasta revistas «serias» y «católicas» femeninas. Y así, en casi toda la gama de publicidad, se propaga igualmente «el matrimonio a prueba», «las relaciones íntimas prematrimoniales, intercambios de esposos y esposas» y «la revolución sexual de la juventud».

Al terminar la lectura de tan enjundioso y razonado denunciante, la resumimos toda con sólo dos palabras, con las dos con que encabezamos esta nuestra también denuncia, todo «pornografía solapada».

Señores obispos; autoridades todas de España, Francia está junto a nosotros, y de tiempo atrás sus sistemas políticos, sus costumbres, sus modas, sus espectáculos y su literatura, etc., corrosivas penetran fácilmente en nuestro país, en nuestros pueblos, consiguiendo que vastos sectores turísticos y no turísticos se vanaglorien ya de «vida afrancesada» aupada desgraciadamente por prensa y ciertos programas de radio y televisión.

Seamos sinceros; no intentemos, como la avestruz, apartar nuestros ojos de la hecatombe que nos amenaza. Ha llegado el momento de dar el grito de alarma, de luchar contra la epidemia pornográfica; de impedir su contagio; de arrancar la careta al progresismo corrosivo que infiltrado en las sacristías, claustros y curias, intenta destruir nuestra moral con solapada pornografía.

Hace sólo unos días la prensa alicantina nos daba cuenta de que el Consejo local de una nuestras importantes ciudades se había pronunciado en serio contra la pornografía. La noticia, diluida entre otras, pudo pasar desapercibida para muchos lectores o no causar el debido impacto en quienes la descubrieron. Y, sin embargo, tiene un singular relieve de importancia, mucho más en estos tiempos en que tantos *silencios cobardes* permiten se desarrolle un clima que acabará por agostar las esperanzas de un mañana mejor.

No me pongo trágico. No soy un pazguato que se asusta fácilmente. Y conste que en cuestiones de moralidad pública es malo no asustarse y tenemos todos que acusarnos de haber perdido el miedo al clima de frivolidad en que se desarrolla, fomentado y favorecido desde tantísimos ángulos de influencia. Lo cierto es que la conciencia de la sociedad con respecto a unas tolerancias que crecen desmesuradamente se ha ido quedando cada día más relajada.

Ya sé que el tiempo en sus costumbres es generalmente irreversible. Nadie pretende abogar por un retorno a la Edad Media cuando señala y puntualiza los atrevimientos de la contemporánea. Hay unos límites que el pudor no puede rebasar sin que se venga estrepitosamente abajo. No creo que nadie esté dispuesto a aceptar como irremediable la procacidad con que se desenvuelve, por ejemplo, la publicidad en todos sus medios, en todos sus recursos. No cabe así control alguno porque la televisión, el cine, las revistas invaden el hogar y aunque en muchos casos a los mayores no nos pueda perturbar este desorden, nadie puede asegurarme que el daño que se está produciendo en la edad evolutiva del adolescente es de una evidencia aplastante.

Escaparates, pantallas, primeras páginas impresas, «posters» a todo color son un campo que la pornografía va conquistando con efectividad. Silenciar, señores obispos, autoridades todas, esta situación es traicionar la propia conciencia, ya no sólo como cristianos obligados a una moral estricta, sino como simples ciudadanos ajenos a toda idea religiosa. Que no hay que confundir moralidad pública con religiosidad. Aquélla está urgida por el sentido común de un pudor que también es público.

La pornografía es una lava inmunda a la que hay que poner inmediatas fronteras de contención. Aunque haya que renunciar a motivaciones publicitarias muy rentables.

No sé por qué razones la pornografía es más fácil, mejor tolerada y admitida en comarcas marinas; tal vez por estar abiertas por su influencia turística a corrientes que no llegan al interior. Y esto no es un tanto de progreso que se pueda apuntar, porque el sentido de moralidad del hombre no puede tener marcha atrás, como la del cangrejo.

Tal vez estas líneas se pierdan en el alboroto producido ya con estrépito de conciencias perturbadas en quienes de la pornografía se valen y seguirán valiéndose para sus fáciles reclamos. Pero aún con el temor de esta posible pérdida, el eco, por pequeño, que la protesta levante, despertará sentimientos dormidos, alertará conciencias y por lo menos se logrará la medida de que los padres vigilen mejor la asistencia de los hijos a espectáculos, vigilen la televisión, vigilen las revistas que puedan caer en sus manos.

Todo, menos confesar que hemos fracasado y que ya no hay nada que hacer, sino dejar que la charca crezca y que en ella nos ahoguemos todos.

Y que nadie diga que esto es producto de un mundo capitalista. Admito que el dinero favorece, pero no entraña necesariamente un uso perverso para dañar a la sociedad.

LA OTRA BARRERA

Por Carlos ARAUZ

Me han hecho siempre mucha gracia ciertos libros que tratan del desarrollo y estímulo de la personalidad. Son libros triunfalistas y de infantil optimismo. Son libros que dan la impresión de haber sido escritos por algunos de esos moralistas absurdos y de mente obtusa que tanto abundan.

En todos estos libros viene a decirse, más o menos, esto: «Si quieres alcanzar el éxito, si quieres brillar en la vida, o si deseas resultar simpático actúa así...». Actuar así significa actuar como ordena el ingenuo autor del libelo porque si no, según él, incurriríamos casi en herejía. En los libros estos todo tiene fácil solución, y aseguran a los que sigan sus dictados que cualquier complejidad de la mente desaparecerá como por arte de magia. Para ellos los esquizofrénicos, los psicópatas endógenos y exógenos y los neurasténicos son unos vulgares cuentistas y no digamos nada de los acomplejados y recelosos desconfiados de si mismo. Estos últimos son simples timadores que lo único que pretenden es vivir sin dar golpe bajo el pretexto de una imaginaria enfermedad.

Y los autores de los libros para el desarrollo de la personalidad se quedan tan tranquilos después de sus anatemas. Sería maravilloso que pudiesen desaparecer todos los vicios de la voluntad, por ejemplo, saltando de la cama siempre a la misma hora, o que la mente se despejase de complicaciones por la simple práctica del deporte, o que a pesar de no tener fe en nada trascendente por el simple hecho de resultar agradable al «mojigato» del vecino tuviésemos que aprender chistes que maldita la gracia que nos hacen. Sí, todo conseguido así de una forma tan sencilla sería maravilloso, pero...

El pero está en el hombre. La valla se encuentra en el mismo ser humano que protesta pataleando y dice: «¡Ya está bien, señor! ¡Vaya usted a tomar el pelo a otro! Yo no soy una marioneta que se mueve, así como así, en la dirección que usted me señale. Muéstreme una causa seria para el cambio de conducta y si esa causa me convence tal vez le seguiré. Pero mientras tanto lárguese, por favor, con sus alegrías a otra parte...; agradezco su bondad. pero llame a otro sitio...». Porque es que ocurre que existe en el humano una propensión estúpida tanto a la alegría como a la tristeza exagerada. Los autores de estos panfletos pseudohumanistas parece que piensan: «Yo soy enormemente feliz y los otros miserables son unos desgraciados. ¡Pobrecillos!, voy a decirles que yo estoy muy contento y a enseñarles cómo se puede llegar a ser tan dichoso como yo, porque ellos de qué lo van a saber». Y estos moralistas, «poseedores exclusivos del secreto de la felicidad», muestran su limpia dentadura y sonríen, amplia y bonachonamente, proclamando su brillante seguridad a diestro y siniestro.

Y esa seguridad que proclaman es exclusivamente social; brillantez, fama, dinero, persuasión, simpatía, amor, oportunismo, etcétera..., o lo que es lo mismo ofrecen una garantía de que mediante la práctica de su catálogo de consejos un hombre será «líder». Por eso tal vez mejor sería que titulasen sus libros con una frase más gráfica, como podía ser «fábrica de líderes» y todos sabríamos mejor a lo que atenernos. Sabríamos que el estudio que hacen de la personalidad del hombre no es íntegro ni profundo, sino que se detiene en la epidermis de sus relaciones sociales, una importante faceta, pero no la única del animal humano que además de social es individuo. Porque es que parece que sólo se piensa en la sociabilidad que lleva el triunfo y se olvida «la otra barrera». Hay gente no apta para lo sociedad y que, sin embargo, tienen la cualidad de hombres, con sus sagrados problemas y sus espíritus sedientos de verdad, como ocurre con ciertos enfermos mentales.

Pero dejando aparte a los enfermos, existe una zona, en toda persona, situada también en «la otra barrera» y que escapa a la influencia de la comunidad; esta zona es la que pertenece al individuo y no a la sociedad. Desde esa esfera de la otra barrera es de donde surge lo más noble del hombre, cual es la facultad de decidir en hondura, es decir, de ejercitar su libertad, de no vivir de vacío sino de contenido. Tras esa barrera el hombre opta por Dios o por el diablo, por el silencio o por el tumulto, por el retraimiento o por la comunicación, y a esa parte tan esencial de lo humano, gestadora de todo lo grande que existe en nuestro ser, se refieren poco la mayoría de los mal llamados libros sobre la personalidad, que ya, desde pequeños, sólo nos enseñaban a caminar, como autómatas hacia el triunfo, atropellando.

A LA CAZA DE VERDADES (Continuación)

5

Por M. SEMPRUN GURREA

LA PROBABLE EDAD DE MARIA Y JOSE AL CASARSE

A unos por devoción, a otros por curiosidad, intriga la edad en que se casaron los esposos más excelsos de la humanidad. En esto, como en todo lo que tocan los hombres, ha penetrado la imaginación, de la cual, indudablemente, se apoderó el demonio despechado de ver que Dios hacía al hombre el delicadísimo y peligrosísimo regalo del libre albedrío. Por una parte, la naturaleza caída y, por tanto, inclinada al mal, y por otra, las beatas, en el sentido vulgar, han contribuido a mostrarnos esa figura decrépita del Santo Patriarca, dando a María no un esposo, voluntariamente virgen, sino un esposo que, por senil, no pudiese ser otra cosa. La pareja joven más pura que los serafines, de pureza sólo inferior a la del mismo Dios, no la conciben las mentes pútridas, pero, afortunadamente, no lo son todas, y los investigadores sinceros, negándose a hacer concesiones a la beatería, van esclareciendo este asunto. En verdad cuando es pulquérrima resulta difícil de aceptar y la verdad del Cristianismo entra, muy paulatinamente, en los hombres.

No había ningún motivo para que José fuera viejo y, en cambio, existían muchos para que fuese joven. La raza israelita era y es muy precoz. A las jóvenes se las consideraba aptas al matrimonio desde los doce años en adelante, si bien no lo contraían hasta los catorce como mínimo y, generalmente, alrededor de los dieciséis. En cuanto a los mancebos, cumplidos los catorce podían casarse, aun cuando, corrientemente, lo hacían de dieciocho a veinticuatro. La raza, sana, vigorosa, fecunda y con la esperanza puesta en el Mesías, no admitía más dilaciones y eran rarísimos, por no decir desconocidos, los casamientos tardíos. La cuestión de la posición económica del futuro marido, tan tenida en cuenta en nuestros tiempos materialistas, se resolvía acomodando al nuevo matrimonio en la casa de los padres del esposo o, a falta de éstos, en la de un hermano mayor que ya la tuviera propia en la misma heredad, si la hubiera, o en el mismo oficio, compartían gastos e ingresos hasta que las circunstancias les permitiesen la independencia. Más tarde veremos cómo se fueron desarrollando éstas en el caso concreto de María y José.

El matrimonio se realizaba por decretos del Altísimo y El, que tan celosamente quiso guardar el secreto de la Encarnación de su Unigénito, durante largos años, ¿escogería a un anciano para llamar la atención de las gentes? Por una parte, todo tenía que pasar desapercibido entre los hombres; por otra, Dios no necesita echar mano de pazguatos ni de naturalezas exhaustas para obrar ese milagro estupendo: la llamada Suya y la respuesta del hombre cabal, que se le da íntegro.

A estas consideraciones de orden espiritual se añaden otras de carácter utilitario, como el ganar el pan para tres personas, el atender a sus demás necesidades en la accidentada vida que se les preparaba: viaje a Belén, huida a Egipto, etc. ¡La búsqueda en el Templo! ¡Cuántos comentarios de curiosos que vieran pasar a un ochentón tirando del borriquillo en el que montaba la Madre jovencísima, con el Niño en brazos! Porque en eso de la juventud de María estamos todos de acuerdo, hasta las beatas que quisieran hacer de Ella una niñita, no inocente, sino ignorante, de pasmada e inconsciente maternidad. También en esto último pecan, pues si era joven, no era niña entre las mujeres de Israel y plenamente consciente; tendría la edad marcada por la Ley, la costumbre y el desarrollo físico, pues aquel matrimonio, que Dios sólo conocía a fondo, debía de presentarse como uno más de los que se celebraban en aquellos lugares sin distinguirse por apariencias extrañas; así es que podemos conjeturar sin temor a equivocarnos que la Virgen no tendría menos de catorce ni más de dieciocho años al casarse con José, cuya edad no sería menor de dieciocho ni mayor de veinticuatro. San Alberto Magno da como probable edad de María veinticinco años, basándose en la teoría, por todos aceptada, de que debía estar plenamente desarrollada para que una boda prematura no fuera chocante. Tengamos en cuenta que Alberto Magno perteneció a una raza lenta y tardía en su desarrollo, donde una niña sigue siéndolo a veces hasta muy pasados los veintidós. No habiendo vivido entre orientales es difícil creer en su precocidad. Sin embargo, el Santo no cree viejos, ni siquiera maduros, a ninguno de los dos esposos. Año más, año menos, su opinión es que fueron jóvenes.

JOSE, EL MAS AMADO DE LOS ESPOSOS

El amor, como todo acto de la voluntad humana, puede ser más o menos perfecto, más o menos meritorio. Para que el acto de la voluntad sea perfecto se requiere la perfección en la persona que lo hace; si esa perfección es completa, como en el caso de la Santísima Virgen, el acto resultará completamente perfecto, cosa imposible para las demás esposas, por mucho que amen a sus maridos, pues en ellas las propias imperfecciones de egoísmos, sensualidades, etc., mermarán la fuerza y grandeza de su acto de amar. En cuanto al mérito que viene de Dios, El se complacerá más en otorgarlo a aquel cuya voluntad es más sincera, más potente en la entrega, más pura y más intensa y que está dispuesta a soportar por el ser amado los mayores sacrificios; por lo cual el amor dedicado a José por María era de un mérito incalculable ante los ojos de Dios que, habiéndole elegido para esposo de Su Madre, gozaba al ver la estima en que se tenía a su objeto de elección.

Capacitada, pues, como nadie estaba María para amar y, por otra parte, dignísimo de amor era el esposo elegido. La clara luz perenne del alma de María lo comprendía y, como a esposo, le amaba con esa unión de dos fuerzas inconmensurables: la potencialidad de Ella, la dignidad de El.

Por eso mismo tampoco José pudo evitar que la espada profetizada por Simeón desgarrase el corazón de su Esposa, por quien el Santo Patriarca hubiera dado hasta el último suspiro, pues si Ella le amaba con perfección por ser perfecta, él lo hacía con toda la fuerza de que era capaz y esta capacidad debe medirse por la potencia y gracia que Dios le concedería para desempeñar su misión especialísima de esposo y también por la magnitud del agrado que significaría para José el poderse dedicar con toda su alma a amar a la más excelsa de las criaturas y a la más agraciada, humana y divinamente, de las mujeres. (*Continuará.*)

DICE EL CARDENAL HEENAN, PRIMADO DE INGLATERRA

«*El Pensamiento Navarro*» *del* 16 *de marzo de* 1973 *publica el siguiente artículo, que copiamos literalmente*:

«En una conferencia dada por el cardenal Heenam en «British Council of Churches», entre rasgos de humorismo británico, el primado de Inglaterra dijo: "La discusión se ha convertido en panacea universal para lo social, lo político, lo industrial, lo educacional y hasta lo religioso... Para algunos nada puede hacerse sin una discusión prolongada. Y la palabra clave está en lo prolongada. Pero la discusión es buena y hasta necesaria, lo mismo que la consulta, siempre que no maten la acción. Según una venerable costumbre inglesa, cuando uno no quiere hacer nada nombra un comité. En el mundo eclesiástico ha surgido cada vez que uno se pone de acuerdo en que hay que hacer algo se crea un comité —que ahora de ordinario recibe el nombre de comisión— o bien se monta una conferencia. Y sucede que los miembros del clero, sobre todo los obispos, se pasan la mayor parte del tiempo en reuniones. Hay consejos parroquiales, de arciprestazgo, diocesanos, de administración, comisiones escolares, comisiones litúrgicas, ecuménicas, sacerdotales, para la educación, los seminarios, la teología, el laicado, la liturgia, la justicia, la paz, la acción social, la vida religiosa y las misiones extranjeras. Todas estas comisiones cuentan con un gran porcentaje de obispos y de sacerdotes. Y por no ser menos, la Santa Sede convoca regularmente a los obispos de todos los continentes para conferencias, comisiones y sínodos internacionales. Hablo de todo esto con un poco de humor, pero no me cabe la menor duda de que una gran parte de nuestro apostolado está a punto de quedar sofocado por el número, siempre creciente, de discusiones y de coloquios a que se ven sometidos obispos y sacerdotes.

¿Qué será de la Iglesia del mañana? Espero que acaben tantas reuniones y conferencias. Creo sinceramente que esta manía actual de palabras no agota únicamente las energías físicas, sino que provoca una languidez de espíritu que termina en el narcisismo y el abandono de la oración personal. Es cosa demasiado cómoda esa de que sacerdotes y religiosos se preocupen sólo de sí y se olviden de su deber capital: darse y sacrificarse. No es aventurado opinar que muchos de esos que han abandonado el sacerdocio o la vida religiosa estarían todavía entre nosotros si no hubiesen malgastado su celo en coloquios sin fin. Nadie de cuantos han tomado sobre sí la cruz deberían dejarla caer. Entre los sacerdotes dedicados al servicio de los pobres, de los enfermos, de los moribundos, de los viejos y de los jóvenes no debería haber ninguno que sintiese la necesidad de preguntarse para qué sirve el sacerdocio. Los que han puesto mano en el arado para seguir a Cristo y miran luego hacia atrás, no son aptos para el reino de los cielos. En la Iglesia del mañana, los sacerdotes, cansados de tanto hablar, se dedicarán a trabajar.» (De «*El Noticiero Universal*».)—M. J.

EL AMOR A DIOS Y AMOR AL PROJIMO

(*Santo Tomás: Suma Teológica*)

Comparando el amor a Dios con el amor al prójimo, no hay duda que es más meritorio el amor a Dios, pues por sí mismo merece premio; ... «si alguno me ama, será amado de mi Padre».

Si comparamos el amor a Dios en cuanto por El se ama a Dios sólo, y el amor al prójimo *en cuanto que éste es amado por amor de Dios*, en este sentido el amor al prójimo incluye y supone el amor a Dios y no al revés.

Por lo que, en este caso, comparamos *el amor perfecto a Dios*, que es *el que se extiende también a amar al prójimo*, con el amor a Dios *insuficiente* e *imperfecto*, ya que «tenemos mandado por Dios que el que le ama a El ame también a su hermano».

En este sentido es preeminente el amor al prójimo.

(S. Th., II-II qu. 27, art. 8.ª)

Pero ¿qué Clero es ese?

Las recientes denuncias "proféticas" en la diócesis de Navarra

Por Carlos Etayo Elizondo

El pasado día 4 de febrero un pequeño grupo de sacerdotes navarros predicó una homilía de la que se deducía QUE TODO ORDEN POLITICO QUE NO SEA EL RESULTADO DE LA ENTRONIZACION DE LA VOLUNTAD DE LA MAYORIA CONSTITUYE UN ESTADO PERMANENTE DE VIOLENCIA.

También venía a justificar la lucha armada contra dicho estado permanente de violencia, ya que el secuestro del señor Huarte —a punta de metralleta— era calificado de «tímida respuesta». ¿Cuál sería la adecuada? ¿El tiro en la nuca? Este carácter de la justificación de una lucha armada, ya en curso en nuestra Patria, daba una extrema gravedad a la citada homilía.

Por otra parte, para muchos navarros, la falsedad de lo que sostenía era evidente, ya que del Evangelio de ninguna manera se desprende deba gobernarse deificando la voluntad de la mayoría.

Jesucristo no se pronunció sobre cuáles deberían ser las estructuras políticas de la sociedad, vino especialmente a prometer la Vida Eterna a aquellos que creyesen en El, lo amasen y se esforzaran en cumplir sus Mandamientos, y a anunciar la condenación eterna a aquellos que hicieran el mal y no se arrepintiesen.

Sobre las estructuras sociales nada dijo y para solucionar los problemas de tejas abajo señaló el camino de despegar los ánimos de las riquezas y de transformar el ánimo de los hombres a través de cumplir sus Mandamientos; prometiéndoles que tendrían satisfechas sus necesidades terrenales si buscaban primero el Reino de Dios y su Justicia.

Todo muy contrario al espíritu de la homilía del día 4, que hasta pretendía determinar la clase de los tribunales de justicia que deben emplearse en nuestra sociedad civil.

Lógica es, pues, la nota de la hermandad sacerdotal de «San Francisco Javier», del 13 de febrero, que en nombre de 50 sacerdotes navarros denuncian al arzobispo la existencia en la diócesis de predicaciones al margen del Evangelio y pidiéndole aclare y corrija tan graves hechos.

Otros muchos católicos navarros, conscientes de la gravedad y falsedad de la citada homilía, confiábamos en una enérgica condena de la misma por parte de nuestro arzobispo, si bien fuera acompañada de puntualizaciones que hicieran claro que la Iglesia no ha de identificarse con ningún Régimen y ha de conservar frente al Estado su libertad para reprobar, aconsejar, condenar, no como veladora de los principios de la democracia inorgánica, sino como de los del Evangelio.

Pero pasaron los días y nada se escuchó en este sentido, hasta que en el día 4 de marzo la «Verdad», hoja diocesana, reprodujo la nota de la Hermandad de San Francisco Javier y otra firmada por doscientos sacerdotes, y que al referirse a la tristemente famosa homilía del 4 de febrero decía: QUE LA HABIAN VISTO CON ENORME RESPETO POR ESTAR CONVENCIDOS DEL PROFUNDO VALOR EVANGELICO QUE ENCIERRA... (¡?)

Terminan su nota con el siguiente párrafo: «Por eso la denuncia profética de los hechos y de la situación de violencia, que fue el tema de fondo de estas homilías, ES UNA EXIGENCIA FUNDAMENTAL DEL EVANGELIO QUE TODOS HACEMOS NUESTRA; NO PODEMOS NEGAR QUE POSTURAS CLARAS COMO ESTAS PRODUCEN DIVISIONES. PERO NO TODA DIVISION ES MALA. JESUCRISTO TAMBIEN DIVIDIO...»

Apoyan, pues, a la desdichada homilía, ¡ANTE EL SILENCIO ABSOLUTO DE LA JERARQUIA!

Pero no han sido las expuestas las únicas denuncias «proféticas» que ha habido estos días en la diócesis. Con motivo de la marcha masculina a Javier, varios miles de peregrinos recibieron un ejemplar de la revista «Ayuda a la Iglesia Necesitada», en el que su director, el padre Van Straaten, denuncia cientos de miles de asesinatos en Burundi —entre ellos, los de 18 sacerdotes—, así como el exterminio de las élites de la católica Lituania y la deportación de cientos de miles de lituanos —¡en una población de tres millones de habitantes!—. Al hablar, en general, de la Iglesia de detrás del Telón de Acero y de sus verdugos comunistas, dice el citado padre: «... que aún en estos tiempos sombríos la Iglesia siga siendo la Santa Iglesia, agradable a Dios como esposa de Cristo, A PESAR DE LA TRAICION DE TANTOS DE SUS HIJOS, se debe, sin duda, después de a Cristo. a los cristianos perseguidos tras el Telón de Acero.

Los primeros cristianos sentían profunda veneración por los hermanos que padecen persecución por Cristo. Los mártires fueron los primeros en ser venerados como santos. La Sagrada Eucaristía fue celebrada sobre sus tumbas, a fin de expresar la comunión espiritual entre cristianos y mártires.

«En nuestros días, apenas se encuentran huellas de esta comunión. Aunque desde hace cincuenta y cinco años (1) la Iglesia es víctima de una persecución más AMPLIA, REFINADA, CRUEL, PELIGROSA E INTENSA QUE NINGUNA OTRA PERSECUCION DEL PASADO.

Aparecería como lógico que los 200 sacerdotes que, según su nota —publicada en los mismos días—, consideran «UNA EXIGENCIA FUNDAMENTAL DEL EVANGELIO LA DENUNCIA PROFETICA DE LAS SITUACIONES DE VIOLENCIA EN UN PAIS, hubieran colaborado entusiásticamente en la del padre Van Straaten. Pero no fue así: Como es público y notorio en Sangüesa, algunos de los firmantes de la nota se negaron a apoyarla en lo más mínimo y hasta trataron de evitar su distribución por razones de EVITAR DIVISIONES ENTRE LOS PEREGRINOS... ¡EN DOS DIAS SE HAN OLVIDADO DE LO QUE ACABABAN DE ESCRIBIR!: «NO PODEMOS NEGAR QUE POSTURAS CLARAS COMO ESTAS PRODUCEN DIVISIONES, PERO NO TODA DIVISION ES MALA, JESUCRISTO TAMBIEN DIVIDIO...»

Aunque parezca increíble, estamos ante el siguiente hecho: Que algunos sacerdotes de nuestra diócesis consideran exigencias del Evangelio justificar las condenas y hasta veladas (¿?) invitaciones a la lucha armada en pro de un sistema político concreto —el democrático que deifica la voluntad de la mayoría— y se niegan a colaborar y hasta tratan de evitr una denuncia contra persecuciones sangrientas de millones de católicos por parte de los tiranos rojos, que no solamente pisotean los mismos derechos democráticos que los curas «progresistas» afirman se desprenden del Evangelio, sino que predican masivamente el ateísmo y no hacen un secreto de su objetivo final: La destrucción absoluta de la Iglesia de Jesucristo...

Y claro está, si cualquier anticomunista expone su opinión de ser lícita una cruzada contra quienes sostienen principios calificados por varios Papas como «INTRINSECAMENTE PERVERSOS» y pisotean los derechos de millones de hermanos católicos, no faltan sacerdotes y hasta obispos «progresistas» que se rasgan las vestiduras y declaran que NINGUNA VIOLENCIA PUEDE JUSTIFICARSE A LA LUZ DEL EVANGELIO...

¿Podrán extrañarse de que muchos creamos en su gran hipocresía?

¿No temen estar cometiendo el pecado del Espíritu, QUE NUNCA SE PERDONARA?

¿No es lícito que sospechemos que algunos de ellos son comunistas infiltrados en el interior de la Iglesia? (2).

Rogamos a nuestro arzobispo que hable claro y valientemente en pro de una clarificación a todas luces necesaria y que considere que es deber ineludible de los pastores de la Iglesia arrojar fuera de la misma el humo de Satanás, que según Su Santidad el Papa ha entrado en ella. Cada vez es más espeso y más fácil discernible.

---

(1) En 1917 comenzó la revolución rusa.

(2) Significativo es, a este respecto, el que el final de la tristemente famosa homilía del día 4 coincide con el de las octavillas repartidas por los comunistas aquellos días en la Universidad de Navarra: En ambas se piden amnistía y supresión de los tribunales especiales de Justicia.

Nota de la Asociación Sacerdotal "San Francisco Javier"

«La Junta Directiva de la Asociación Sacerdotal de San Francisco Javier, de Navarra, en nombre de quinientos sacerdotes navarros, condena y repudia enérgicamente la constante predicación al margen de la doctrina del Evangelio y Magisterio de la Iglesia y de una manera especial la orientación y afirmaciones de la homilía del domingo, 4 de febrero, predicada por algunos sacerdotes en varias parroquias de Dios con fines inconfesables, además de los abiertos ataques contra las autoridades eclesiásticas y civiles, que siembran la confusión y ruina espiritual en el pueblo de Dios.

Esta Asociación Sacerdotal de Navarra pide a nuestro arzobispo y su obispo auxiliar, para bien de la Iglesia y tranquilidad del pueblo de Dios, que con su autoridad aclaren tan lamentable situación poniendo remedio eficaz a estos males. Pamplona, 12 de febrero de 1973.»

Los eclesiásticos profesores de Religión en centros oficiales en Vizcaya, han dirigido una nota anunciando que cesan de dar clases porque «se les exige prestar juramento de fidelidad a los Principios Fundamentales del Régimen». Para cobrar del Estado no hay inconvenientes; para serles fieles, hay escrúpulos de conciencia. Tome nota nuestro embajador cerca de la Santa Sede, como prueba irrefragable de adhesión clerical al tratar en Roma sobre el nuevo acuerdo entre la «Iglesia y la Comunidad Civil».

¿Por qué se desplaza la música sagrada de la Iglesia?

2 **Por ANTONIO FERNANDEZ MARTINEZ**

DOS GRANDES MUSICOS.—La profunda religiosidad de los músicos de los siglos XVII y XVIII y siguientes e incluso hasta nuestros días, unas veces a instancia de altos dignatarios de la Iglesia y otras por exaltación piadosa vocacional, les llevó a componer, con insuperables acentos, las más dulces, las más auditivas, sonoras y bellas notas musicales que a nuestros oídos puedan agradar.

Si en la arquitectura descuellan genios inmortales como criaturas dotadas por la Providencia de concepciones de estilo y fortaleza insuperables para estructurar sobre la tierra la Casa de Dios, no es menos cierto que también ha cuidado —con delicado amor— en dotar a los ritos sagrados, de un acompañamiento rítmico, fonético, de sublime acento celestial, y para ello solacémonos escuchando la música sagrada, en distintas solemnidades, creada por mentes portentosas como Juan Sebastián Bach, Luis van Beethoven (la famosa misa en re), Félix Mendelssohn, W. Amadeo Mozart, Franz von Liszt, Ricardo Wagner, Giácono Puccini, Antón Bruckner, Hilarión Eslava, el maestro Victoria, entre otros muchos, en número considerable, incluyendo, incluso, al impetuoso José Verdi que no obstante los abatares políticos de la Italia de su tiempo y las zozobras que le propinaba su precaria situación económica, compuso, para Dios, la misa que lleva su nombre, llena —como era innato en él— de agudas y enérgicas notas, acentuadas aún más en el prefacio, como si deseasen traspasar las ornadas bóvedas del templo, para llegar al cielo e invadir de gozo y alegría el santo Trono del Altísimo.

Otro tanto habríamos de decir de Schuman, el amante de los sonetos. Entristecido por la incomprensión y desdeño de que era objeto su música, causándole una enajenación mental que le llevaría al suicidio en el Rhin, es su esposa, llena de ternura y de amor conyugal, la que trata, en vano, de consolarle con aquellas memorables palabras: «Lo que los hombres rehúsan, tal vez los ángeles lo elijan allá en los cielos.» Es su música la que perdura, la que sin duda llega al cielo...

INOLVIDABLE AÑORANZA.—Para los que aprendimos el catecismo graduado del padre Ripalda sentimos inolvidable añoranza por la belleza poética y fonética de la música en las misas, entre otras, las llamadas de «Pío X» y de «Angelus» (desde los «kyries» al «Ite missa est»); los himnos de adoración como «Pange Lingua», «Sacris Solemniis», «Tantum ergo», «O sacrum convivium», «Veni, Creator Spiritu»; los solemnes «Tedeum» en acción de gracias y el «Magnificat»; las secuencias exequiales «Dies irae, dies illa» y el tan escuchado «Miserere», de Beethoven, y «Requiem», de Mozart, sin echar en olvido las salutaciones elevadas como plegarias en honor a la Madre de Dios en el oficio divino contenidas a través de sus «Horas canónicas», cantadas en vísperas de grandes solemnidades, con la musicalidad sublime de una fe que quiere —sin prisa alguna por abandonar el templo— transmitir su oración vibrante y sonora, allá a la eterna mansión celestial.

Mientras la Iglesia mantuvo la unidad de su lengua, el latín, los mejores genios del mundo en el campo de la música supieron adaptar su inspiración de artistas a tan rica y hermosa lengua, madre y progenitora de otras muchas lenguas, entre ellas la sonora lengua castellana, encontrando una música digna, expresiva, sensible, que supo llegar al alma y nos hablaba por sí sola de Dios, aun sin saberla traducir.

Con honda tristeza tenemos que confesar el frío panorama que por doquier se respira en nuestros templos cuando de música sagrada se habla en los momentos actuales. ¿Hasta cuándo el pueblo cristiano ha de soportar tan lamentable situación?

El cristiano actual —sobre todo el que gusta del acompañamiento musical— viene observando, sin salir de su inexplicable asombro, la ausencia musical, en la mayor parte de los ritos litúrgicos, incluso solemnes, sin hallar una respuesta idónea que lo justifique, si se tiene en cuenta la prolífera «era musical» en que nos ha tocado vivir. ¿Que hay compositores, excelente músicos y buenos intérpretes en número y variedad jamás conocidos? Esa es una circunstancia que todos conocemos con consciente certeza. Pero... ¿no es posible que de esa ingente cantera neo-musical haya, al menos, una o algunas inteligencias privilegiadas que, a imitación de sus inolvidables mayores, compongan e interpreten música —no ensordecedora ni de incompatibles movimientos personales— clásica, solemne y bella a la liturgia en loor de Dios?

Teilhard de Chardin - Renegado de la Fe cristiana

14 **PROFANA LA CONCEPCION CATOLICA DE LA MUERTE** *Por Ramón VALBUENA, Pbro.*

La misma actitud ante el *temeroso más allá*, la repite Teilhard en 1930, con la ocasión de la muerte del insigne Luis Vialletón. En tono realista, pregunta: «¿Qué pensará él ahora», y luego continúa:

«Temeroso misterio del *más allá*. Y cómo prepararse mejor para él que sirviendo apasionadamente por Dios y en Dios, a este Universo que a unos después de otros, nos absorbe a todos en él» (L. Z. 112-7-II-1930).

Reparemos en cómo él traspone y profana la concepción cristiana de la muerte. Sin duda quiere ordenar su correspondencia porque su carta de 30-XI-52 a Claudio Cuenot, se sitúa en pleno evolucionismo.

Ciertamente, cuanto más se piensa en ello, más difícil parece admitir que Teilhard haya podido apaciguar el temor fundamental subyacente a sus elucubraciones fantásticas y sacrílegas, las cuales él ha pretendido sustituir a la universal Revelación cristiana. A parte de que, además, no le faltaron las advertencias de parte de la autoridad religiosa.

En 1926: Prohibición de enseñar en el Instituto Católico de París.

En 1947: Negación del «Imprimatur» a su libro «El fenómeno humano».

En 1948: Prohibición de aceptar una cátedra en el Colegio de Francia.

En 1949 (30-13): Nota de «L'Osservatore Romano», en la que se decía: «El padre Teilhard no es eminente en materia de Teología... Es un hecho que muchas de sus consideraciones de orden doctrinal han de quedar sujetas a graves reservas, porque su sistema desde el punto de vista filosófico y teológico, no está exento de oscuridades y ambigüedades peligrosas.

Pero cegado por un orgullo luciferino, Teilhard quiere actuar como profeta, mide de alto en bajo a la Iglesia y se afianza en la apostasía, por eso dice en 1934: Hoy día, yo *probablemente* creo mejor que nunca en Dios; y *ciertamente* más que nunca en el mundo. P. Philipp, pág. 167. ¿Mejor?

El 2 de noviembre de 1947 declara a E. Mounier que la *ciencia* debe *regir* a la religión.

«A las conclusiones de la ciencia (¿hipótesis?) deben respetarlas todas las ideas y dogmas de la religión: la Creación, la Encarnación, la Redención y la Salvación; más aún todas las pruebas de la existencia de Dios. T. obras, t. 9, pág. 293.

A Máximo Gorce escribe en 1950: «Se trata de *repensar* a Dios... en términos de Cosmogénesis.» «Solamente de esta manera se siente él indisolublemente ligado a una corriente cristiana.» Es decir, que si la Iglesia no admitiese la evolución él dejaría de ser cristiano. Grenet T. de Ch., «Un evolucionista cristiano», pág. 131.

Pocos días antes de su muerte escribía a Maryse Choisy: «Yo me siento cada vez más preocupado (es decir, apasionadamente interesado) por la búsqueda de un Dios (no solamente cristiano, sino transcristiano), el cual ha llegado a ser necesario para las exigencias crecientes de nuestra adoración» (Psyché, 99-100).

Teilhard es lógico a veces, pero, por adhesión obstinada e irracional a su panteísmo materialista se lanza a negar toda diferencia sustancial de orden, entre lo natural y lo sobrenatural, entre Dios y lo creado, entre lo material y el espíritu.

Un hombre de ciencia, respetuoso con su campo de investigación y con los derechos inalienables de la religión, rehúsa, como tal investigador, entrometerse en los misterios de nuestra fe. En lugar de empeñarse en extrapolar arbitrariamente, prefiere confesar su incompetencia. Esta honradez le engrandece. Teilhard, en cambio, ha preferido a todo sus fantasías y obsesiones de juventud.

(Continuará.)

OCURRENCIAS **Por AFRIT**

- Otra nueva clase de parados: los demonios que nada tienen que hacer en el mundo, pues los nuevos «signos» de los tiempos se lo dan todo hecho.
- Sólo hay un defecto del que ciertamente todos se van corrigiendo poco a poco: el defecto de juventud.
- Cuando después de haber expresado una verdad dogmáticamente indiscutible, me dice mi interlocutor que no está de acuerdo, estoy yo perfectamente de acuerdo en que ése no está de acuerdo por que no está cuerdo.
- El amor todo lo vence. También el amor propio.
- Pocos son los que siguen una vocación por el afán de servir: los más la siguen por el afán de vivir ganando más dinero, para vivir mejor. Es ésta la vocación general y «específica» de cada quisque, que definió el doctor Epicuro cuando dijo: *Hay que ganar lo imprescindible para gozar de una vida inefable.*
- El mundo desacralizado piensa que un cura o fraile es una persona que no sirve para otra cosa. Quiere decir que no debe servir a otra cosa, y que si lo hace, ni es otra cosa, ni es fraile, ni es cura.
- *Comunidad de base*: Lo que tienen de común quienes por no tener cabeza, discurren con la base.
- Antes que pedir un consejo a ciertos individuos, prefiero equivocarme yo sólo.
- No hay que esforzarse mucho para llegar a ser... nada.
- No se puede ni se debe politizar lo dogmático ni dogmatizar lo político.
- Al que con frescura se excusa, Dios con justicia le acusa.
- Un sacerdote, tanto si se salva como si se condena, siempre lleva en pos de sí muchas almas.
- Quien no sea comprensivo no puede ser compasivo.
- Suscribo lo que ha escrito PGARCIA: *Creer lo que dicen algunas encuestas se me hace muy en cuesta... arriba.*

LO QUE INTERESA Y APREMIA ES LA CONVERSION

Por el P. Jesús ECHEVERRIA

«Cristo murió por los pecados... para conducirnos a Dios», nos dice San Pedro; «Convertíos», nos conclama San Marcos; «Clama, no ceses, como trompeta levanta tu voz, y anuncia a mi pueblo sus crímenes y a la casa de Jacob sus pecados», nos dice Isaías en las lecturas del primer domingo de la Cuaresma y rezo del breviario. Estamos, pues, como nos muestran las lecturas, en tiempo de reflexión y penitencia; penitencia, y no tanto en lo que dice con relación a la mortificación del cuerpo, que hoy está mitigada al máximo, cuanto en lo referente al alma. Sin la penitencia que signifique una verdadera conversión, sin ese arrepentimiento de los pecados, de poco o nada serviría cualquier maceración del cuerpo, como ya nos lo enseña la Sagrada Escritura, desde los tiempos de Isaías. Una vez convertidos o arrepentidos de los pecados, entonces sí; la mortificación de los sentidos, los sacrificios corporales, las penitencias son verdaderamente saludables y bienhechoras para mantener a raya las pasiones y no dejarse vencer por los vicios. Poca o casi ninguna aceptación tiene hoy la penitencia corporal; incluso se la desprecia por inútil, cuando no como sádica e inhumana. Sin embargo, ¿qué valen las apreciaciones de los hombres, ante la enseñanza y la vida de sacrificio y oración llevada por los santos? ¿Qué valen las apreciaciones de los hombres, cuando el mismo Cristo nos dice que el que quiera seguirlo debe tomar su cruz, y que el que quiera salvar su vida la perderá y el que la pierda por El la salvará? Pero y San Pablo, ¿no nos dice textualmente: CASTIGO MI CUERPO Y LO REDUZCO A ESCLAVITUD, NO SEA QUE EN CUANTO PREDICO A LOS OTROS YO MISMO ME CONDENE? ¿Qué valen ante todo esto las apreciaciones de quien quiera que sea en contra de la mortificación y penitencia del cuerpo? Esto no obstante, y por incomprensible que parezca, la Iglesia ha disminuido enormemente las prácticas penitenciales sin que las haya desvirtuado, desde luego, tanto en relación a los fieles como a los mismos religiosos. Lo que jamás podrá disminuir será la necesidad de la conversión.

Necesidad de la conversión; algo que hoy tampoco se comprende ni se quiere comprender. Conversión; algo de lo que hoy casi ni se habla, a pesar de ver en las puertas de iglesias, colegios, etc., grandes o pequeños programas para toda suerte de personas en los que se convoca a ejercicios espirituales. En ellos habrá diálogos; cánticos, a veces no tan espirituales; músicas, no siempre las más aptas a inspirar el arrepentimiento; y, por supuesto, charlas o conferencias de los más diversos temas y en todos los más «aggiornados» o puestos al día; pero temas de conversión, temas de reflexión sobre el pecado, sobre los novísimos: muerte, juicio, infierno y gloria, ni incluso sobre las virtudes que no sean sociales, ¡QUE POCO Y QUE DIFICIL SERA EL OIRLOS! Sin embargo, si nos atenemos al pensamiento, letra y espíritu de la Cuaresma, según los textos con que hemos encabezado el presente artículo, si Cristo murió fue precisamente por los pecados; si Cristo murió fue para darnos una oportunidad: la de que nuestro arrepentimiento o CONVERSION nos condujese a Dios. Todo lo demás es secundario. El pecado es el único mal; el bien por excelencia es la Gracia de Dios, que se pierde por aquél y se recupera por la conversión. Con mucha razón, el primado de España, monseñor Marcelo González Martín, recientemente y en su primera visita pastoral después de haber sido nombrado cardenal, dijo: «Cristo vino al mundo con una misión principal: la de liberarnos del pecado. Jesucristo no escogió como fin principal de su Evangelio curar enfermos o arreglar los asuntos materiales de la tierra. Si ése hubiera sido su fin principal nos hubiera engañado y hubiera sido injusto, porque dijo muchas veces que El había venido a salvar a todos y no curó a todos los enfermos —RECORDEMOS los muchos enfermos que aguardaban junto a la piscina de Betzata y que sólo a uno curó Cristo— ni solucionó los problemas del mundo».

Dos partes tiene la conversión: primera, evitar el pecado que se haya cometido o el que se sea tentado a cometer; segunda, hacer el bien que podamos y DEBAMOS HACER. Y nos explicamos: es fácil, muy fácil hacer el bien; todos hacemos muchas, muchísimas cosas buenas; ¿todas las que podemos?; sin duda que no; ¿todas las que debemos?; probablemente tampoco. Cristo, sin duda, que hizo todas las cosas buenas que debía; pero también, sin duda, NO HIZO TODO LO BUENO QUE PODIA, aunque TODO LO HIZO BIEN y pasó por el mundo, como nos dice la Sagrada Escritura, «haciendo el bien». Pero, ¿quién iría a negar que Cristo podría haber hecho muchas cosas buenas? ¿Por qué no las hizo? Si no aceptamos lo que dice San Agustín de que «tenemos que alegrarnos, más... porque nuestro Señor y Salvador Jesucristo se hizo hombre de que hiciese cosas divinas entre los hombres; y de que «más saludable nos es lo que se hizo por los hombres que lo hizo entre los hombres y más es que SANASE LOS VICIOS DE LAS ALMAS QUE EL QUE SANASE LAS ENFERMEDADES DE LOS CUERPOS MORTALES», sólo nos quedaría responder con la Sagrada Escritura: ¡Cuán incomprensibles son tus juicios, oh Señor! Por otra parte, si hasta el hombre más mentiroso dice más verdades que mentiras, según el dicho, paralelamente podemos decir que aun el hombre más malvado hace muchas, muchísimas cosas buenas. ¿Quedarían justificadas por eso sus maldades? Ciertamente que no. Las conclusiones que podemos sacar de todo esto son: 1.º, que si Cristo NO HIZO TODO EL BIEN QUE PODIA —por los designios altísimos que fuesen—, aunque sí todo el bien que debía, no pretendamos obligar a nadie a hacer todo el bien que pueda, siempre que haga TODO EL BIEN QUE DEBA; 2.º, que si el hombre más malvado hace muchas cosas buenas, muchísimas más que malas, no pretendamos disculpar nuestras malas obras o nuestros pecados, por muchas obras buenas que hagamos. De donde resulta que debemos evitar todo mal, aunque pudiésemos hacer todo el bien que quisiéramos.

Lo difícil, pues, de la conversión no es sólo la parte positiva o hacer el bien que se pueda en general, sino hacer el bien que se debe en particular; o por otra, evitar el pecado, QUE NUNCA SERA LICITO COMETER. Si evitamos el pecado, cumpliremos siempre nuestro deber, aunque no hagamos todo el bien que podamos; evitando el pecado, no transgrediremos ningún mandamiento. Y es sobre todos ellos, y no sólo sobre alguno o algunos, que debemos hacer un serio examen de nuestra vida, si realmente queremos nuestra conversión. Veamos en qué debemos convertirnos desgranando esa ley divina de los diez mandamientos al frente de los cuales van los tres que dicen relación no para con el prójimo, sino para con Dios. El primero, amar a Dios sobre todas las cosas. ¡Qué pocos se consideran obligados a convertirse en lo que respecta a este primer mandamiento! Y entre tanto, para muchos, muchísimos, Dios prácticamente ni existe siquiera. No sólo no le aman sobre todas las cosas, sino que ni siquiera aman a las demás criaturas que El, y tal vez que ni de El se acuerdan, y, por supuesto, la inmensa mayoría de las cosas están antes que El, y no pocas veces lo posponen a los mismos vicios y pecados. Dios está siendo no sólo pospuesto, sino hasta exluido de la vida en general de los hombres; si sólo lo dijésemos nosotros, poco valor tendrían nuestras afirmaciones, y no hay duda que otros como nosotros, y más que nosotros, podrían decir lo contrario, que el decir no cuesta mucho. Pero si lo decimos es porque vemos los hechos confirmados, una y muchas veces, por las alocuciones nada menos que del Santo Padre, y ya otro Santo Padre, otro Papa, no puede haber sobre la tierra simultáneamente a Pablo VI, que venga a decir lo contrario para equilibrar la balanza.

No es que vayamos a descubrir cosas ocultas; Pablo VI abiertamente ha predicado la vivencia de este rechazo de Dios; lo ha dicho no en secreto o a pequeños grupos, sino precisamente en sus audiencias generales; no es, pues, nada demás que nosotros tratemos de divulgar, como ya lo han hecho otros medios de difusión, esta alarmante decadencia de la fe, no sólo entre los católicos, sino aun con relación a todos los hombres. Las dos últimas veces de que tenemos referencia sobre este particular son del 31 de enero y 21 de febrero de este año. Así se lamentaba en enero: «La audacia temeraria o inconsciente, con la que hoy se IMPONE LA NEGACION DE DIOS, termina por devolver a tal problema una urgencia ANGUSTIOSA. Dios está ausente, hemos dicho, *de la vida moderna*, PORQUE ESTA OLVIDADO, PORQUE ESTA EXCLUIDO.» Y si la vida moderna, que a boca llena se trata de divulgar e imponer dentro y fuera de la Iglesia, en seminarios, conventos y colegios, todo lo invade, digamos si a Dios le puede quedar algo fuera del desierto y las altas montañas de nieves perpetuas. Y en febrero decía: «Vemos disminuir y en algunos cuadros sociológicos APAGARSE INCLUSO el sentimiento religioso, oscurecerse la concepción fundamental del ser y de la vida en su referencia necesaria a Dios, CALLAR LA PLEGARIA, SUSTITUIRSE EL CULTO Y EL AMOR DE DIOS Y DE CRISTO POR LA INDIFERENCIA Y LA PROFANIDAD.» Si, pues, según el Santo Padre y no solamente según ¿QUE PASA?, hoy «SE IMPONE LA NEGACION DE DIOS» en «LA VIDA MODERNA, PORQUE ESTA OLVIDADO, PORQUE ESTA EXCLUIDO», porque está haciendo «APAGARSE INCLUSO EL SENTIMIENTO RELIGIOSO, CALLAR LA PLEGARIA, SUSTITUIRSE EL CULTO Y EL AMOR DE DIOS Y DE CRISTO POR AL INDIFERENCIA Y PROFANIDAD, ¿no existirá la necesidad de una verdadera CONVERSION, a escala mundial incluso? Y si existe esa necesidad, ¿no habrá una obligación no menor, de proclamarla y vivirla? Pues lo que el Santo Padre nos advierte, ¿no es precisamente que se está viviendo todo lo contrario de lo que establece el primer mandamiento de la ley de Dios?

Pero esto lo veremos más claro, si cabe, recordando más que el segundo mandamiento, que por lo que antecede ya casi no tiene vigencia, pues no vale la pena jurar por quien no se cree o se le ha relegado al último lugar, el tercero, que es una consecuencia lógica del primero: santificar las fiestas. Traeremos datos, testimonios y estadísticas, no de nuestro semanario tan «desfasado» (?) COMO REAL Y AUTENTICO, sino de un otro bastante «AGGIORNADO», donde no pocas veces —honra sea hecha— también nos trae verdades, aunque no tenga en él cabida las palabras de monseñor Guerra Campos y otros de otros obispos que también ponen los puntos sobre las íes; no faltan, sin embargo, las de terceros obispos no más obispos que los anteriores y que a veces emborronan en vez de aclarar. Felizmente —y por eso lo leemos— el Papa tiene en él también sus páginas. Pero esto queda para otro artículo, Dios mediante.

LA APARICION DE CUAUTITLAN

Por Rafael Gil Serrano, Director Central de la H. de Campeadores Hispánicos

CUARTA APARICIÓN. (Conclusión) (1).

Al punto subió Juan Diego al cerrillo, y cuando llegó a la cumbre se asombró mucho de que hubieran brotado tantas variadas, exquisitas rosas de Castilla, antes del tiempo en que se dan, porque a la sazón se encrudecía el hielo; estaban muy fragantes y llenas de rocío de la noche, que semejaban perlas preciosas. Luego empezó a cortarlas; las juntó todas y las echó en su regazo. Bajó inmediatamente y trajo a la Señora del Cielo las diferentes rosas que fue a cortar; la que, así como las vio, las cogió con su mano y otra vez se las echó en su regazo, diciéndole:

«Hijo mío el más pequeño, esta diversidad de rosas es la prueba y señal que llevarás al obispo. Le dirás en mi nombre que vea en ella mi voluntad y que él tiene que cumplirla.

Tú eres mi embajador, muy digno de confianza.

Rigurosamente te ordeno que sólo delante del obispo despliegues tu manta y descubras lo que llevas. Contarás bien todo: dirás que te mandé subir a la cumbre del cerrillo que fueras a cortar flores, y todo lo que viste y admiraste, para que puedas inducir al prelado a que dé su ayuda, con objeto de que se haga y erija el templo que he pedido.»

Después que la Señora del Cielo le dio su consejo, se puso en camino por la calzada que viene derecho a Méjico: ya contento y seguro de salir bien, trayendo con mucho cuidado lo que portaba en su regazo, no fuera que algo se le soltara de las manos, y gozándose en la fragancia de las variadas y hermosas flores.

Al llegar al palacio del obispo salieron a su encuentro el mayordomo y otros criados del prelado. Les rogó le dijeran que deseaba verle, pero ninguno de ellos quiso, haciendo como que no le oían, sea porque era muy temprano, sea porque ya le conocían, que sólo les molestaba, porque les era importuno, y, además, ya les habían informado sus compañeros que le perdieron de vista cuando habían ido en su seguimiento. Largo rato estuvo esperando. Ya que vieron que hacía mucho que estaba allí, de pie, cabizbajo, sin hacer nada, por si acaso era llamado, y que al parecer traía algo que portaba en su regazo, se acercaron a él para ver lo que traía y satisfacerse.

Viendo Juan Diego que no les podía ocultar lo que traía y que por eso le habían de molestar, empujar o aporrear, descubrió un poco, que eran flores, y al ver que todas eran diferentes rosas de Castilla, y que no era entonces el tiempo en que se daban, se asombraron muchísimo de ello, lo mismo de que estuvieran muy frescas, tan abiertas, tan fragantes y tan preciosas. Quisieron coger y sacarle algunas, pero no tuvieron suerte las tres veces que se atrevieron a tomarlas: no tuvieron suerte, porque cuando iban a cogerlas, ya no veían verdaderas flores, sino que les parecían pintadas o cosidas en la manta.

Fueron luego a decir al obispo lo que habían visto y que pretendía verle el indito que tantas veces había venido, el cual hacía mucho que por eso aguardaba, queriendo verle. Cayó, al oírlo el señor obispo, en la cuenta de que aquello era la prueba para que se certificara y cumpliera lo que solicitaba el indito. En seguida mandó que entrara a verle.

Luego que entró se humilló delante de él, así como antes lo hiciera, y contó de nuevo todo lo que había visto y admirado, y también su mensaje. Dijo:

«Señor, hice lo que me ordenaste, que fuera a decir a mi Ama, la Señora del Cielo, Santa María, preciosa Madre de Dios, que pedías una señal para poder creerme que le has de hacer el templo donde ella te pide que lo erijas; y además le dije que yo te había dado mi palabra de traerte alguna señal y prueba, que me encargaste, de su voluntad. Condescendió a tu recado y acogió benignamente lo que pides, alguna señal y prueba para que se cumpla su voluntad. Hoy muy temprano me mandó que otra vez viniera a verte; le pedí la señal para que me creyeras, según me había dicho que me la daría; y al punto lo cumplió: me despachó a la cumbre del cerrillo, donde antes yo la viera, a que fuese a cortar varias rosas de Castilla. Después que fui a cortarlas, las traje abajo; las cogió con su mano y de nuevo las echó en mi regazo para que te las trajera y a ti en persona te las diera. Aunque yo sabía bien que la cumbre del cerrillo no es lugar en que se den flores, porque sólo hay muchos riscos, abrojos, espinos, nopales y mezquites no por eso dudé; cuando fui llegando a la cumbre del cerrillo miré que estaba en el paraíso, donde había juntas todas las varias y exquisitas rosas de Castilla, brillantes de rocío, que luego fui a cortar.

Ella me dijo por qué te las había de entregar, y así lo hago, para que en ellas veas la señal que pides y cumplas su voluntad, y también para que aparezca la verdad de mi palabra y de mi mensaje. Helas aquí, recíbelas.»

Desenvolvió luego su blanca manta, pues tenía en su regazo las flores, y así que se esparcieron por el suelo todas las diferentes rosas de Castilla, se dibujó en ella y apareció de repente la preciosa imagen de la siempre Virgen Santa María, Madre de Dios, de la manera que está y se guarda hoy en su templo del Tepeyácac, que se nombra Guadalupe.

Luego que la vio el señor obispo, él y todos los que allí estaban se arrodillaron, mucho la admiraron, se levantaron, se entristecieron y acongojaron, mostrando que la contemplaron con el corazón y el pensamiento.

El señor obispo, con lágrimas de tristeza, oró y pidió perdón de no haber puesto en obra su voluntad y su mandato. Cuando se puso en pie, desató del cuello de Juan Diego, del que estaba atada, la manta en que se dibujó y apareció la Señora del Cielo. Luego la llevó y fue a ponerla en su oratorio. Un día más permaneció Juan Diego en la casa del obispo, que aún le detuvo. Al día siguiente le dijo:

«¡Ea! A mostrar dónde es voluntad de la Señora del Cielo que le erija un templo.»

Inmediatamente se convidó a todos para hacerlo.

No bien Juan Diego señaló dónde había mandado la Señora del Cielo que se levantara su templo, pidió licencia para irse. Quería ahora ir a su casa a ver a su tío Juan Bernardino, el cual estaba muy grave cuando le dejó y vino a Tlatilolco a llamar un sacerdote que fuera a confesarle y disponerle, y le dijo la Señora del Cielo que ya había sanado. Pero no le dejaron ir solo, sino que le acompañaron a su casa.

Al llegar vieron a su tío que estaba muy contento y que nada le dolía. Se asombró mucho de que llegara acompañado y muy honrado su sobrino, a quien preguntó la causa de que así lo hicieran y que le honraran mucho. Le respondió su sobrino que, cuando partió a llamar el sacerdote que le confesara y dispusiera, se le apareció en el Tepeyácac la Señora del Cielo, la que diciéndole que no se afligiera, que ya su tío estaba bueno, con que mucho se consoló, le despachó a Méjico, a ver al señor obispo para que le edificaran una casa en el Tepeyácac.

MANIFESTO SU TIO SER CIERTO QUE ENTONCES LE SANO Y QUE LA VIO DEL MISMO MODO EN QUE SE APARECIO A SU SOBRINO; SABIENDO POR ELLA QUE LE HABIA ENVIADO A MEJICO A VER AL OBISPO. TAMBIEN ENTONCES LE DIJO LA SEÑORA QUE, CUANDO EL FUERA A VER AL OBISPO, LE REVELARA LO QUE VIO Y DE QUE MANERA MILAGROSA LE HABIA ELLA SANADO; Y QUE *BIEN LA NOMBRARIA, ASI COMO BIEN HABIA DE NOMBRARSE SU BENDITA IMAGEN, LA SIEMPRE VIRGEN SANTA MARIA DE GUADALUPE* (2).

Trajeron luego a Juan Bernardino a presencia del señor obispo, a que viniera a informarle y atestiguara delante de él. A entrambos, a él y a su sobrino, los hospedó el obispo en su casa algunos días, hasta que se erigió el templo de LA REINA DEL TEPEYACAC, donde la vio Juan Diego. El señor obispo trasladó a la iglesia mayor la santa imagen de la amada Señora del Cielo; la sacó del oratorio de su palacio, donde estaba, para que toda la gente viera y admirara su bendita imagen. La ciudad entera se conmovió: venía a ver y admirar su devota imagen y hacerle oración. Mucho le maravillaba que se hubiera aparecido por milagro divino; porque ninguna persona de este mundo pintó su preciosa imagen (3).

LA CLAVE DEL NOMBRE

Y así termina la maravillosa y deliciosa HISTORIA DE LAS APARICIONES de la Virgen Santa María en el cerro Tepeyac o TEPEYACAC —como dice el texto— de Méjico. Y no por tan maravillosa y deliciosa menos verídica, puesto que la belleza, el candor y el encanto de cualquier narración no están reñidos con la fidelidad a la verdad y a la realidad.

Estas apariciones no se realizan exclusivamente en el Tepeyac por la Virgen Santísima, sino que una de ellas se verifica en CUAUTITLAN, lugar de residencia de los indios JUAN DIEGO y su tío JUAN BERNARDINO.

Pues bien; como las apariciones de la señora del Cielo a Juan Diego tenían por objeto la edificación de un templo o casa en su honor allí, en el Tepeyac, una vez que las dudas del obispo —el gran obispo— fray JUAN DE ZUMARRAGA quedaron disipadas ante el milagro de las rosas de Castilla y la pintura de la imagen en la tilma del indio, la finalidad de las apariciones en el Tepeyac estaba lograda. Por consiguiente, la aparición a Juan Bernardino en Cuautitlán no era necesaria por tratarse de algo secundario.

Sin embargo, para nuestro objeto, la aparición de Cuautitlán es esencial porque NOS DA LA CLAVE DEL NOMBRE DE GUADALUPE aplicado a la Virgen mejicana. Aquí no sirve traer a colación la devoción de los conquistadores —*hispanizadores*— extremeños. Las palabras de Juan Bernardino están bien claras: «Le dijo la Señora que... bien la nombraría (ASI COMO BIEN HABIA DE NOMBRARSE SU BENDITA IMAGEN) la siempre Virgen Santa María de GUADALUPE.»

(1) «Las Apariciones del Tepeyac», ¿QUE PASA?, 21-III-73.
(2) Las letras mayúsculas son nuestras.
(3) «Historia de las Apariciones», por Antonio Valeriano.

DICHOS Y HECHOS

Por Teodosio DEL VALLE

Para no entorpecer nuestros comentarios eclesiales, reseñaré muy brevemente la actualidad de hechos y dichos que deben constatarse en ¿QUE PASA? El Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas ha votado con la *abstención* de Inglaterra y el VETO de Norteamérica una resolución en favor de negociaciones entre la última y Panamá para la restauración de la autoridad panameña sobre el canal de Panamá. Las posiciones se han invertido; con la *negativa* de Inglaterra y la *abstención* de Norteamérica, cuando se trató de la devolución de Gibraltar. «Favor con favor se paga». La presencia de ambas potencias en territorio ajeno es muy similar y su *conducta «anticolonialista»* (¡) es idéntica. ¡Viva la libertad e independencia de los pueblos... PODEROSOS!

● «Vida Nueva» encomia al cardenal *in péctore* Stephan Trochta, checoslovaco, superviviente milagroso del fusilamiento por parte de los nazis. Como él, se salvaron muchos españoles en la zona roja. Unos *sabiendo de fontanería*; otros, no: clérigos y laicos. Aquél merece los elogios de Martín Descalzo, aunque le revienten los héroes; éstos, los nuestros, no, porque no *«supieron ser ministros de reconciliación»*. ¿Por qué no lo fue tampoco Estephan? Sin embargo, le alaba.

● «Informaciones», después de un largo editorial en favor de los protestantes en España, COMPASIVO, pide a las autoridades que, como no podrán escriturizar sus inmuebles por su *estrecha pobreza*, se les dispense de los derechos notariales, «para que no sean *ciudadanos de segunda*». ¡Anda, que si llegan a ser de primera! Aunque no sean tan ricos como los editores de «Informaciones», no creo que lleguen a estar en ese estado de postración económica.

● Y continuamos con la *denuncia profética*, el *mensaje social* y las *comunidades cristianas*, que abarcan hasta el número 41. Probablemente nos quedaremos en el camino. Ya el término denuncia suena mal en boca de cristianos, según el pensamiento de San Pablo a los de Corinto en sus disensiones y pleitos; pero mayormente en labios y escritos episcopales dirigidos a una nación católica. Decimos de ella lo mismo que dijimos de la *conciencia crítica de la sociedad*; nos suena mal y a otros muchos. Preferíamos las de *fermento, levadura*; son más evangélicas. A lo sumo, como dice «Roca Viva» en un editorial: «ANUNCIAR NO DENUNCIAR». Pero si se le añade el calificativo de PROFETICA, la audacia sube muchos puntos. ¿No es rayana de un triunfalismo «aggiornado», arrogándose una misión carismática exclusiva de los profetas, que se dirigían a un «pueblo de dura cerviz», anunciándole los castigos de Jehová?

● El número 29 del Documento es reproducción de conclusiones de la Conjunta en su Ponencia primera, denunciada en especial por la Sagrada Congregación, y del texto penúltimo de la Asamblea Episcopal, si bien con algunas suavizaciones. En la Conjunta se señalaba simplemente el derecho y deber de sacerdotes y laicos; en el ante-Documento se lee que «no puede ser actitud normal, ni puede prodigarse excesivamente, pues se convertiría en enfermiza e hipócrita». En el texto final se le señalan otras condiciones: mansedumbre, sinceridad, verdad, respeto a las personas e instituciones y sobre todo auténtica caridad fraterna, precedida de la corrección fraterna en privado» (30). Son los *vientos alisios*, que hacen comprender «lo delicado y complejo de estas actuaciones, que deben ser enjuiciadas desde la perspectiva de la fe y con medios siempre conformes al Evangelio» (34) y como hombre de Iglesia (35), evitando en su predicación (el sacerdote) que los fieles saquen la impresión de que el mensaje cristiano se reduce a una ética social» (38).

Esto mismo se recomienda respecto a los laicos en el número 41: «Nuestra lucha por la justicia y por el bien de los hombres no debe conocer ni otros propósitos, ni otros métodos que los que siguió nuestro Redentor» y en el 40 con palabras del Concilio advierte la suma importancia de distinguir netamente entre la acción que los cristianos, aislada o asociadamente, llevan a cabo, a título personal, como ciudadanos... y la acción que realizan en nombre de la Iglesia, en comunión de sus pastores. No nos calificará don Torcuato de indocumentados o falseadores del Documento. Nuestros comentarios, si no son tan elogiosos como el suyo, al menos son más reestudiados.

● ¿Se cumple en la práctica ordinaria todas estas condiciones señaladas en el Documento? Porque si la realidad nos dice que son sólo expresiones oficiales, sin realización cotidiana por parte de los «profetas carismáticos», *papel mojado* es el calificativo más benigno. Dios me libre de denunciar hechos concretos, aunque son muchos los que están en conocimiento público, porque los enemigos de las estructuras sociales jerárquicas acuden a ellas inmediatamente, y sabido es que éstas, sean civiles o eclesiásticas, han de dictar sentencia «ex actis et probatis» y éstos no siempre revelan la exactitud. Por eso la Iglesia en sus contestaciones a peticiones de dispensa o sus tribunales en sus resoluciones, encabeza con las palabras: «si praeces veritate nitantur; si verba factis respondeant», gravando la conciencia de los no-veraces.

Al leer pastorales, homilías y manifiestos «carismáticos» públicos se nos antoja que no han sido precedidos de los trámites exigidos por la «corrección fraterna oculta». Y así se explica que las autoridades judiciales los consideren incursos en responsabilidades penales. Ejemplos frecuentes se han dado en España lamentablemente, y a veces, por falta del consentimiento jerárquico superior exigido por el Concordato, se han visto atadas las manos civiles. Es cierto que, como se afirma en el número 34, que el «presbítero, como todos los ciudadanos, tiene el derecho de asumir sus propias opciones»; pero asumiendo también sus *propias responsabilidades como cualquier ciudadano*; no acogiéndose después del hecho a la inmunidad concordataria. Al contrario; en conformidad con el Documento, «para seguir siendo un signo válido de unidad y para poder anunciar el Evangelio en toda su amplitud, el presbítero (¿y el obispo no?) puede tener en alguna ocasión la obligación de abstenerse del ejercicio de su derecho en este campo».

● Ya hubimos de mostrar nuestra extrañeza en trabajo anterior al ver citas del Concilio en un Documento para el pueblo de Dios español, que sólo son aplicables a situaciones de opresión manifiesta por parte de regímenes anticristianos. Esto lo vemos repetido en el número 36, reflejo y repetición de la conclusión 29 de la Conjunta, que obtuvo el asentimiento de 182 votantes y sólo 39 negativos. Dice así el Documento: «El sacerdote (¿y el obispo?) puede contribuir mucho a la instauración de un orden secular más justo, sobre todo allí donde los problemas humanos de la opresión y de la injusticia son más graves».

¿A cuento de qué se recuerdan estas palabras del Concilio? ¿Es la España actual campo en el que la OPRESION y LA INJUSTICIA SON MAS GRAVES? Ya en fechas no lejanas hemos demostrado que en Italia, en Francia, en Inglaterra, en Norteamérica, por citar a los más significados DEMOCRATICAMENTE, los huelguistas, los estudiantes sediciosos, los terroristas, los conspiradores, los secuestradores, etc., han sido oprimidos por la fuerza pública mucho más severamente que en la «OPRESORA» España. Todavía en Francia, Alemania y Norteamérica se busca, se condena a los colaboracionistas de la segunda guerra mundial, como criminales de guerra. En España siguen cobrando del Estado los anti-régimen de la nuestra; siguen ejerciendo sus lucrativas profesiones, amnistiados de pena de muerte. Más aún, se han abierto los brazos a todos los que han querido entrar en el Movimiento y se les ha permitido ocupar cargos de dirección social, política y docente. Todavía se celebra en Francia la *toma de la bastilla*, como fiesta nacional, y se critica, por los que se autentifican como liberales magnánimos, que recordemos el día de la Victoria o los de liberación de nuestras ciudades.

● Todavía estamos esperando que el Episcopado nos aclare los conceptos de la dignidad de la persona y sus derechos fundamentales. Porque cada uno tiene sus ideas sobre los mismos. Ya dijimos antes que el ácrata los amplía hasta la colocación de una bomba destructora y la supresión del Estado. El comunista lo restringe hasta hacer del individuo un autómata, cuando ha instalado en su Estado el comunismo. El liberal lo cifra en la cesantía de toda injerencia estatal en la economía y en el pensamiento, abriendo campo ancho para el partidismo político, en el que triunfe el cohecho, el engaño, la yernocracia de los más influyentes por su dinero, audacia o posición privilegiada en los estamentos más influyentes de la sociedad. Recientemente un Congreso socialista exige el derecho al aborto como liberación de la mujer.

¿Cuál es el criterio medidor de la dignidad y personalidad del hombre en el pensamiento de los firmantes del Documento? ¿Los de la Revolución francesa que asesinó en nombre de la LIBERTAD (¡cuántos crímenes se cometen en su nombre!) a millones de seres humanos, entre los que abundaron los clérigos de toda categoría? ¿Los anteriormente citados, que dimanan de la Revolución francesa y que tantas desgracias nos proporcionaron en el siglo XIX? ¿Los de la II República, que comenzó con la quema de conventos, continuó con el destierro, como el del cardenal Segura y que se consumó con el asesinato de Calvo Sotelo, y como «la Paz fue imposible» (aunque ahora se añore la situación por algunos) dio lugar el Alzamiento Nacional? Aclárense los autores del Documento y sus elogiadores porque pudiera ocurrir lo que ha ocurrido con los voceadores de la democratización universitaria, tirando por la borde al SEU y cayendo en el totalitarismo coaccionador que impide el curso legal de la docencia, con lamentaciones histéricas de los que lo promocionaron y la desesperación de los buenos estudiantes y de sus inocentes padres.

Terminamos por falta de espacio con el capitulo intitulado LAS COMUNIDADES CRISTIANAS; REPITIENDO (Y DESEANDO SE CUMPLAN) las palabras de los números 40 y 41 tomadas del Concilio. «Es de suma importancia distinguir netamente entre la acción que los cristianos, aislada o asociadamente, llevan a cabo a título personal como ciudadanos, y la que realizan en nombre de la Iglesia.» Añadimos por nuestra cuenta: con responsabilidad individual o asociacionista en el primer caso y con responsabilidad jerárquica eclesial en el segundo. «Nuestra lucha (41) por la justicia y por el bien de los hombres no debe conocer ni otros propósitos ni otros métodos que los que siguió nuestro Redentor.» ASI SEA.

P. D.—Nos llega la noticia de que Roma nos ha arrebatado al obispo de Avila para ocupar el cargo de secretario de la Sagrada Congregación del Clero. De verdad que nos alegramos. Allí, a las órdenes inmediatas del Prefecto de la Congregación y bajo la mirada cercana paternal de Pablo VI, desenvolverá su acción con eficacia. ¡Feliz viaje!

La conversión de los judíos está próxima

9

Por M. M. E.

El mal que ha entrado en la Iglesia (Nuevo Israel) desde hace unos catorce años es ya tan grave, tan profundo y tan extenso, que no puede no ser bíblico. Y es con la Biblia, acompañada de ferviente oración, mucho más que con otras lecturas y conversaciones, como se ha de descubrirlo y comprenderlo. Si excluimos quizá la gran crisis del arrianismo, cuando en el siglo IV buena parte del clero y del episcopado, al menos en Oriente, se hizo arriano, no ha habido en la historia de la Iglesia postración semejante a la actual.

Las defecciones de sacerdotes y religiosos, las «contestaciones», los escritos heréticos o próximos a la herejía y contrarios a la doctrina pontificia, los escándalos se suceden sin pausa y en tendencia alcista. Cada semana se oye de uno o dos casos gordos, de los que hace veinte años ocurría uno cada dos o tres lustros. Ya varias veces ha pedido Paulo VI a cada fiel católico que se autoinmunice, a base de fe tradicional y oración, contra las aberraciones dogmáticas, morales y litúrgicas que, en forma teórica y en forma práctica, invaden la Iglesia; que se defienda del humo de Satanás.

No va quedando otra solución, puesto que ya vemos que los pastores no nos defienden arrojando a los lobos del redil con el cayado. Con un Concilio puramente pastoral, sobre todo por causa del golpe inicial que arrumbó los esquemas preparados e impuso la dictadura del sufragio universal para elegir las presidencias; con la norma todavía vigente de no condenar, ni excomulgar, ni deponer de un cargo, ni siquiera reñir; con la supresión del índice de libros prohibidos; con la supresión del juramento antimodernista por los neosacerdotes y por los profesores de filosofía y teología en cada inauguración de curso académico; con la supresión de la obligatoriedad de la censura para escritos religiosos; con la canonización del estado laico mariteniano (de Jacques Maritain); con la cristianización súbita y como por decreto y quieras que no de la ONU, de la UNESCO y de la Revolución francesa etc., nada tiene de extrañar que hayan entrado los enemigos y estén dejando *a Jerusalén como choza de hortelano.* El sencillo y sufrido pueblo de Dios, perplejo, escandalizado, zarandeado, va perdiendo la fe en la Iglesia... y en el Cielo.

El que fue secretario general del Concilio Ecuménico Vaticano II, cardenal Pericles Felici, hizo el 12 de octubre de 1972 esta importante declaración: «Yo he vivido el Concilio día tras día, hora tras hora, y he podido observar los diversos fermentos que agitaban los espíritus; por eso no he quedado sorprendido ante los fenómenos y manifestaciones posconciliares ni ante el abuso que se ha hecho del nombre del Concilio.»

A mi ver, el mal de la Iglesia efectivamente es bíblico y consiste en que una parte notable del clero está yendo en pos de la bestia segunda o pseudoprofeta del Apocalipsis (13, 11-17). Esta bestia segunda que, en último término sirve a la bestia primera o imperio blasfemo —el que tiene a su capital sobre siete colinas y está tinto en sangre de los siervos de Jesús—, es la orgullosa revolución, la blasfema y vana pretensión de construir un mundo con su cielo puramente humanos, prescindiendo de Dios.

Como observa bien Correa de Oliveira, la raíz más honda de la revolución es el orgullo, vicio del espíritu, y la lujuria, vicio de la carne. La revolución se ha manifestado en la esfera religiosa (Lutero), en la política (Rousseau) y en la social-económica (Marx). En la esfera religiosa el orgullo protestante ha rechazado todo «puente» entre Cristo y el cristiano, no admitiendo más que el libre examen de la Biblia; la lujuria ha aceptado el pesimismo, la condición de incambiable pecador, la justificación sólo externa por la fe-fiducial en que el Padre cubre mi inmundicia moral con los méritos del Pagador, su Hijo, en la medida en que yo me crea salvado en el Crucificado, el «pecca fortiter sed crede fortiter».

En la esfera política, el orgullo roussoniano-masónico relega a Dios a su Olimpo y rechaza la verdad de que Dios sea Autor de la Nación (la «Natio») y de la Familia, de que al gobernante legítimo *el poder le viene de arriba* (Jn. 19, 11), de que las leyes del Estado y los mandatos del padre obliguen en conciencia porque se basan en la Ley Divina, afirma que el Estado no puede ser otra cosa que mero mandatario de la voluntad de la mayoría, que es injusto el Estado confesional y que es ridículo que una nación se crea llamada por Dios a algo; la lujuria exige el libertinaje, sólo reprimido por la conveniencia del Estado-gendarme.

En la esfera social-económica el orgullo marxista de la revolución ha profetizado la supresión de todo superior, incluida toda clase social superior al proletariado, y ha decretado la justicia (el marxismo recha al Superior Dios) de acelerar esta supresión por la violencia; la lujuria sueña con el *paraíso en la tierra* para la tarde sin fin de la historia, cuando el Estado proletario, después de conseguir la nivelación perfecta de todos los súbditos mediante el expolio de toda propiedad y la dependencia absoluta —propia del esclavo y del infante— de todos al Estado dios-propietario-padre, el mismo Estado renuncie a sí mismo y desaparezca, quedando la humanidad bañada en alegre anarquía, gozando de la libertad, la igualdad y la fraternidad más absolutas. Cómo hay personas que se creen esto, pertenece al misterio de la estulticia humana; los que lo propagan, al de la iniquidad.

El pseudoprofeta finge ser cristiano, con los cuernos que lo asemejan al Cordero (Cristo); pero es un amasijo satánico de protestantismo, falso ecumenismo anticatólico, gnosis de Teilhard de Chardin, deísmo de la «hermandad» masónica, psicologismo redentor oriental, culto al hombre y marxismo. El mundo será el cielo —dice—, porque lo natural ya es lo sobrenatural.

Desgraciadamente aumenta el número de los que le siguen, diciéndose que el mundo es bueno, más aún, cristiano aunque no lo sepa, y no lo sabe, ni lo es, ni quiere serlo, y se ríe de la Iglesia. Y como la Iglesia está para servir al mundo, que es bueno y cristiano, aunque no lo sepa ni lo quiera, los institutos religiosos se han lanzado a la carrera de adaptación al mundo. Han lanzado por la borda todo el lastre. El lastre eran los santos usos y costumbres, las reglas, las vidas de sus santos y aun los escritos de sus fundadores. El creciente clero progresista sigue a la bestia-pseudoprofeta como las ratas al flautista Hamelin. (*Continuará, D. m.*)

La creación y restauración en el Verbo y la intervención de la Virgen

Por el P. Juan G. Arintero, O. P.

«He aquí un misterio que quiero revelaros, decía el Eterno Padre a Santa Magdalena de Pazzis (3P., c. 3). Aunque Adán no hubiera pecado, el Verbo se habría encarnado igualmente. Mas no gozaría del título de triunfador ni, por tanto, de los honores del triunfo. La gloria que entonces recibieseis sería en parte merecida..., y no resplandecerían tanto mi bondad y misericordia. Además, no se os concederían en tan alto grado la gloria eterna y la visión beatífica, con todos los bienes que de ahí se siguen, puesto que la Sangre del Verbo, derramada sobre vuestras almas, las ha vuelto mucho más hermosas y puras y, por lo mismo, más aptas para la unión divina. Y la vista de esa Sangre se mueve a mostraros más amor y comunicaros un mayor conocimiento y un más perfecto goce de mi Divinidad...

Cuanta es la diferencia que hay entre los méritos del Redentor, que son el único fundamento de vuestras esperanzas, y los méritos de los hombres, otra tanta vendría a haber entre la gloria que ahora os doy la que os daría si mi Verbo no hubiera muerto en satisfacción de vuestros pecados. Por ahí verás, hija mía muy amada y esposa querida de mi Unigénito, cuan útil os ha sido María con la paz que dio al Verbo, pues fue para vosotros fuente de tantas bendiciones.»

«Esta, añade la misma santa, es una paz de unión por la cual entra la criatura a participar de la Divinidad... Atrévome a decir que la operación de María en el Verbo ha sido mayor que la del mismo Verbo en la criatura. Pues María, al dar su consentimiento a la Encarnación, unió a Dios con el hombre; y el Verbo unió al hombre con Dios. Y es cosa mayor unir la grandeza con la bajeza, que no la bajeza con la grandeza.»

«Se determinó en primer lugar, escribe la V. Agreda (*Mística Ciudad de Dios*, 1 P., 1, c. 4), que el Verbo divino tomase carne y se hiciese visible... Esta unión hipostática de la Segunda Persona de la Santísima Trinidad con la naturaleza humana, entendí era como forzoso fuese la *primera obra* y objeto a donde saliese el entendimiento y voluntad divina *ad extra*... Era conveniente, si Dios quería criar muchas criaturas, que las criase en armonía y subordinación, y que ésta fuese la más admirable y gloriosa... *cabeza* y suprema a todas, y cuanto fuese posible inmediata y unida con Dios, y que por ella pasasen todos y llegasen a su Divinidad... Sólo en el Verbo humanado se pudo satisfacer a la dignidad de las obras de Dios, y con El había hermosísimo orden en la naturaleza, y sin El no lo hubiera.»

Luego viene «el decreto y predestinación de la Madre del Verbo humanado; porque entendí fue ordenada esta pura criatura antes que hubiese otro decreto de criar otra alguna. Y así fue primero que todas concebida en la mente divina». *En siendo criados los ángeles para gloria de Dios,* «fueron ordenador para que asistiesen, glorificasen y honrasen... a la humanidad deificada en el Verbo eterno, reconociéndole por *cabeza*, y en su Madre Santísima Reina de los mismos ángeles». *Por último,* «viose la caída de Adán y de todos en él, fuera de la Reina, que no entró en este decreto, y ordenóse el remedio y que fuese pasible la Humanidad santísima».

(De *La Evolución Mística.*)